

ELEODORO VARGAS
VICUÑA

TAITA
CRISTO



MUNILIBROS/I 5

MUNICIPALIDAD DE LIMA



SECRETARIA DE EDUCACION
Y CULTURA

TAITA CRISTO

*

CUENTOS

**MUNICIPALIDAD DE LIMA METROPOLITANA
SECRETARIA DE EDUCACION Y CULTURA**

*ELEODORO VARGAS
VICUÑA*

TAITA
CRISTO



MUNILIBROS / 15



Editores: Eduardo Vega Posada
Elías Mujica Barreda
Manuel Scorza Hoyle

Carátula : Carlos Gonzales Ramírez
O Municipalidad de Lima Metropolitana

Impreso en el Perú
Primera Edición
Lima, Diciembre 1986

PRESENTACION

Eleodoro Vargas Vicuña es el traductor de una realidad bastante compleja. Su opción, por tanto, ha lidiado entre dejar sumida en el silencio a una extensa zona humana, o comunicarla. El resultado de este dramático proceso, ha sido la creación de un universo literario, el cual es inteligible gracias al mito y a la poesía. Esta propuesta, nos lleva a la necesidad de un replanteamiento de la crítica para comprender su obra, y junto con la de él, la de otros escritores quienes por provenir de la región andina, han sido considerados unilateralmente como indigenistas o neoindigenistas.

El universo de Vargas Vicuña no se ubica, ni transcurre en un espacio puramente indígena. Su contexto rebasa el esquema indigenista y neoindigenista. En su mundo están presentes, lo nativo y lo occidental, lo urbano y lo rural, una vida patriarcal y un tiempo que solo existe en la memoria. Todo ello embellecido por un lenguaje simbólico.

La realidad o la irrealidad, en sus cuentos, tocan diversos extremos. Misterio, sorpresa, duda, ternura, amor, muerte, son elementos comunes. Por eso su producción desde Nahuín (1953) hasta Taita Cristo (1964), arraigada hondamente en lo andino, accede al plano de la universalidad. Sus personajes piensan, aman, sufren o sueñan como todo hombre de cualquier lugar del mundo, con la diferencia de que actos o pensamientos, se desarrollan dentro de categorías andinas. Vargas Vicuña, pues, ha expresado el espíritu, mítico andino y, con sus elementos, ha forjado una narrativas cuya lectura no debe dejarse solo al intento de descubrir sus componentes, sino también de desentrañar la manera cómo muchos de esos componentes han sido simbo-

lizados y alegorizados en su estructura, con la articulación de aspectos mestizos y occidentales.

Se advierte que dentro del aparato simbólico de su obra, la muerte es el tema obsesivo. Empero este símbolo está enriquecido por otras propuestas de alegorización, como veremos en el cuento "El Desconocido"; que tomamos como ejemplo.

Empieza con una desolación: la ausencia del padre que según la madre, está en un viaje desde antes del nacimiento del niño. En una de primera instancia, el padre es el Desconocido y viceversa. Ambas ideas devienen presentimiento de una realidad lejana que el niño no alcanza a comprender. Sea como fuere, ese presentimiento desencadena nostalgia, como si él hubiera, en algún momento, conocido o poseído algo; algo que empieza a buscar "como si alguna vez iría a encontrarlo". Los recuerdos asoman a través de un hecho, de un objeto o color. Los Baúles guardan los recuerdos, y de éstos fluye un olor que evidencia la existencia de lo desconocido que "Algún día" llegará. La escena del huerto es sugerente.

Allí lo desconocido asume varias formas. Es el agua que al correr, hace pensar el ¿ de dónde ? y el ¿ a dónde ?, que originan la duda: "Y ese perderse, ese no saber, era como perderme yo mismo" Por un instante, Gonzalo es la encarnación de lo desconocido. Es "lo otro", a cuyo descubrimiento contribuye el muro: "La pared detenida allí, como límite entre dos extraños territorios". La pared es realmente un límite entre el Origen y Destino, entre el Yo y el no-Yo, entre lo Uno y los Otro, entre Hombre y Naturaleza. Pero entre estas realidades, aparentemente separadas, hay un elemento de enlace: la puerta, que en algún momento amenaza abrirse para dar paso a la sorpresiva irrupción de lo desconocido. La puerta no se abre, y así el misterio sigue como tal, y el niño retoma la duda, ahora más grave: "Pero antes, antes, ¿a dónde estuve?", y deviene obsesivo el pre-

sentimiento de la llegada del desconocido, al que se esfuerza por imaginarlo: "Cómo miraría. O qué hablaría, que él quería oír..." Instancia más adelante, lo desconocido se convierte en abstracción. No sólo es ya nostalgia o búsqueda, sino deseo por descubrir y redescubrirse a sí mismo, afán del más allá. Ese "más allá" de su solar, que aún no es accesible, porque lo atan lazos que teme romper: "Saltarás, correrás, allí mismo quedarás"; pero que sí es accesible a través de las palabras que dijo el desconocido: "Me iré de este pueblo. A donde nadie me encuentre". Aquí comprobamos que el padre ha muerto; y al mismo tiempo que la muerte no significa sólo muerte, sino también desarraigo, otra forma de muerte, una muerte dentro de la muerte. Y de súbito, la muerte es también el presentimiento del Exilio "Tengo pena de no estar aquí". "Una música que añoro. Un pueblo lejano, detrás de los cerros, pero más lejos. Un pueblo de donde me trajeron a este lugar en que he nacido". Más adelante, nos encontramos en medio de un contrapunto de hechos. El llanto de las guitarras, la canción entonada en un rincón, el paso del tiempo, las lluvias. Todo coincide con la crisis de un alma que crece pensando en el futuro. Futuro y desconocido, son entonces, la misma cosa. Empieza a asomar el presentimiento de la ausencia, que además se dibuja cada vez más en cosas mágicas, en gestos y hechos insólitos. El protagonista revisa el pueblo, lo memoriza para recordarlo, lo contempla desde una colina y piensa: "Puede que ahora me vaya". Por último la ausencia se define, coincidiendo con el crecimiento del niño que anhela tramontar las montañas que atenazan a su pueblo. Y allí el camino, claro testigo de lo que ha pasado, de lo que pasa y pasará; y más allá, el espacio abierto a todas las posibilidades, a todos los sueños y ausencias, a todas las nostalgias y diversas formas de agonía. Entonces, ese sentimiento del exilio, no es

sólo tal, sino en sentido más profundo, la búsqueda de la identidad. El autor sabe que, de ser hallada, el padre y el hijo constituirán una cabalidad histórica: "Ahora es cuando empiezo a ver . Me doy cuenta : Como si yo fuera mi padre". Búsqueda que es una incitación a un viaje a nosotros mismos.

Marcos Yauri Montero

VELORIO

Amanecido el jueves se quedó parada mirando el cementerio. Después del Miércoles de Ceniza precisamente, cuando se ahogó don Leoncio Vega, por salvar a la ternera flor de haba que estaba hundiéndose en el río.

Mamá había ordenado:

—Nos quedaremos en casa. Más bien haremos si nos levantamos temprano y ayudamos a cocinar para los asistentes que deben ser muchos.

Consuelo dijo, cubriéndose los ojos:

—¿A qué iremos?

Yo solamente escucho. «¿Por qué no iremos?» no dije, pensando siempre en el Isidro. Hijas de beata, somos como nos mandan.

No fuimos al velorio.

Despertamos cuando mamá, entre sueños, nos llamó:

—¿Qué tienes mamá?

Ella, muy serena, ordenó:

—Levántese. Vamos al velorio. Don Leoncio quiere que vayamos.

A las viejitas no hay que contradecirlas. Por eso calladitas nos levantamos. Preparamos la ayuda y fuimos.

En el camino se presentó una mariposa.

—Mamá, esa mariposa estuvo en la cocina.

La había visto mientras preparábamos el café. Dicen

que las mariposas son el alma de la gente. Consuelo debía saberlo. ¿No se apresuraba?

—¡Mamá, la mariposa!

No me contestó. Comenzó a regañar a los jóvenes:

—¿Acaso los muertos no merecen respeto? Tú, Raymundo Flores, eres el causante. Provocando la risa de la gente te olvidas hasta de Dios.

Raymundo calló. Mamá sabía imponer silencio.

—¡Rezaremos por su alma!

Consuelo se persignaba mucho. Miraba mucho su rosario.

Mientras servían el café, mamá contaba a doña Fabiana:

—Acababa de invocar por el difunto, cuando se apagó la vela y lo vi entrar. Antes de pensar si sería cristiano, se acercó a las chicas que dormían (cuando mamá llamaba yo tenía cubierta la cabeza), les arregló la frazada y vino hacia mí, llamándome. Antes de despertar del todo oí: «Anda a poner orden. Están riendo. Se han olvidado de mi cuerpo».

Doña Fabiana contestó:

—Así es, doña Viki. Antes de que usted llegara hasta querían bailar al carnaval.

En otro lado escuché:

—Cuando el Ifaco empezó a contar los hijos que había dejado don Leoncio...

—Sin tener en cuenta el que le hizo, junto con el señor cura, a doña Sebastiana la cocinera.

—Entonces don Leoncio, como si hubiera oído, medio que quiso incorporarse.

—¡Si está muerto!

—Digo lo que vi. Ustedes estaban riendo. Le salió agua por la nariz, por la boca; entreabrió los ojos, los hombros se levantaron. Ahí mismo una mariposa apagó la vela. Casi se quemó.

—Chisporroteó como diciendo algo.

Ya no oí más. Sentí de pronto la presencia del Isidro. Sus ojos me resbalaban por la cara. Para disimular: «Consho», dije. «Consho, rezaremos de nuevo».

Consho, a la puerta, miraba hacia los cerros. Había salido el sol. Allí estaba ella, mi hermana, sola, humilde, fea. La pobre a quien nadie había deseado ni de borracho.

Me acerqué para consolarla. Entonces vi otra vez a la mariposa. Como brotando de su cabeza, se perdía entre la luz brillante del amanecer.

Se volvió loca antes del «lavado de ropa». Después de haberle gritado al muerto en el cementerio:

—¿Cómo me has dejado. Qué cosa me has hecho. Por qué pues te has ido?

Y ahora las gentes le miran a la cara y critican. Ya mamá no puede imponer silencio. No puede contener su propia vergüenza.

—¡Viejo pícaro!

—¡Y todavía a la hija de la benta!

—Hacerle eso a la vieja que no las dejaba solas ni en la iglesia.

Yo miro a veces en la claridad, en la oscuridad. Acaso vuelva su mariposa. Le miro la barriga. Llora a veces. Reniego sin motivo del Isidro. Y a veces también digo, pienso: «Consho ¿tu hijo con qué alma nacerá?» Cuando vuelan extraviadas en la tarde mariposas negras, amarillas, rojas...

EN TIEMPO DE LOS MILAGROS

Según el tiempo que transcurre, existen espíritus malignos. Digo porque ahora ya no se ven. Ni siquiera los viejos que están rozándose con la muerte a cada rato pueden verlos.

Antes, cuando estábamos aún en la escuela, todos teníamos esas visiones. Quién no hablaba de ellos como de la historia o del cálculo. Eran tan naturales y evidentes para nosotros como los cuentos de ladrones de don Juandico.

De aquella vez me quedó una experiencia. Estaba regando el maíz. Había suficiente agua para toda la noche; por eso no me preocupé de ir con la punta. Había dejado las huellas bien precisas para que el agua sola cumpliera su trabajo. Es que también era un poco flojo: ¡muchacho como era!

Me fui a la casa que da al camino, cuando en eso Crisanto Romero, recién llegado de la «carrera», alcanzó a pasar. Iba con su lámpara de carburo en la tarde ya de luciérnagas.

Me gritó como era su costumbre, sin detenerse:

—¿Qué tal riego, Allico?

—Bien —le contesté—. Después de tiempo, todavía, tengo agua como para llenar una zanja.

—Está bueno eso, aunque parece que va a caer helada

—Más me gritaba, menos le oía—. No hay nube y está levantando luna llena.

Ya estaría por Arraypata cuando le devolví:

—Sí, el viento también está mordiendo como hielo.

Entré a recostarme y apenas me tapé oí mugido de toro. Era mugido penetrante dirigido hacia mí.

Traté de recordar. No era de toro conocido.

Entonces, temeroso, no me daba cuenta de si dormía o no.

«Los que de más cerca pueden ser», dije recordando la hora, «ya estarán en su corral», porque antes de la oración el tío Juan los llevaba de regreso.

«Oh, por qué asustarse». Pero comenzó a caer piedra sobre el tejado.

«Quién tira», grité. «Quién tira».

No pude oír mi voz. Todo estaba silencio como corazón de muerto. De ese silencio salió una cara. Abierta, una risa candelosa que venía, que venía, y no acababa de llegar.

Me miraba. Parecían mis ojos al revés buscándome dentro. Cerraba los ojos, y allí estaba. Abría los ojos, y ahí estaba. ¡Atravesándome! Era un diablo con sus orejas y sus cuernos puntiagudos. Sus pupilas de carbón de piedra quemando.

Me miraban esos ojos de aterrar. Esos ojos, ojos sobre mi cara. Cómo sería que empecé a rezar, pero no salía la palabra.

«¿Estoy despierto?», pensé. Mi sangre, tumulto helado por todo el cuerpo.

«Jesús», decía. «Jesús», gritaba forcejeando conmigo mismo, con mis labios imposibles. Mis brazos, mi cabeza, los movía, pero no se movían.

Por fin reventó la palabra. Sentí mis manos, y lo que agarraba era mi pecho. Mi corazón a golpes como galga, y mi frente chorreando frío.

Luego atiné no sé cómo a encender el mechero y me

quedé dando vueltas como el trompo en medio del cuarto.

El mechero daba duda. Su luz de candela negra parecía. Palpé mi cara: dura, como la del Opa Pancho. Zonzo estaba.

Con el gallo desaparecen los malignos. Cuando ya no podía más cantó y me sentí bien. Advertí luz que entraba al cuerpo. Amanecía.

Salí al patio. El frío del aire no me dejaba accionar, pero ya las fuerzas me volvían. Prendí fogata con astillas y hojas de eucalipto y el fuego alumbró mi risa, que fue con ganas.

«Susto nomás», dije, y me acomodé para abrigrarme. Crisanto Romero volvía de la chacra.

«¡Allicooo! ...», había gritado desde lejos como era su costumbre. Al llegar frente a la casa del tío Pedro, se sorprendió por la ceniza caliente que había en el patio.

«Ese Allico. ¡Más miedoso!», se dijo, y continuó en el regreso con su lámpara de carburo debilitada por la aurora.

Por la tarde un grupo de sombras comentaba. Don Juanito Avellaneda hablaba:

—No regresé los toros porque no había acabado de curar al Castaño que estaba espinado. Lo vi desde el camino que lindan las chacras. Con el barro hasta las rodillas quería caminar. Se esforzaba, pero no podía. En medio de la huerta, desesperado, con los brazos como de espantapájaros, gritando ayuda. Entonces caliente: «Ya es hombre», dije. «Que sepa para experiencia».

—Pobre Allico. Como si de propósito lo hubieran hecho los duendes.

Y más tarde, de regreso que los halló, Alejandro terminaba de contarles:

—Los choclos se desgranaban en lágrimas. Una sombra los apretaba, los ahogaba, los iba tendiendo, poniendo el suelo blanco como cal.

«Allicoooo», me gritaron desde las raíces. Entonces re-

gresé del sueño. Un eco lastimoso pasaba en dirección a Arraypata.

«Allicooo!». ¡No estaba dormido! Ese grito fue la co-
razonada. Ustedes lo han visto. Fui corriendo... ¡Tú lo
has visto, Julián!... Me fijé... Pizarro, di tú... ¿No era
una zanja el maizal?

EL TRASLADO

Cambiamos de lugar aun después de muertos. Que no podemos quedarnos aunque protestemos. El celador había ordenado y tenía que cumplirse, por eso, al panteón fuimos para cambiar de nicho a la tía María. Sus hijas, mi mamá y los que la conocieron. Para mí era la primera vez que vería su ataúd.

Se llevó agua bendita de la misa que se dijo a su nombre. En la tarde con sol y viento, por el camino se levantaba el recuerdo como el polvo.

Nadie iba sino bordeando, arrancando ramas, yerbas y una que otra flor que se ocultaba. Yo quería una tuna, la cogí para llevarla.

Anduvimos en silencio, que para llegar a la muerte basta. Abrió la puerta don Hermógenes. Llave grande y pesada para puerta grande de eucalipto. Era para conmoverse ver encima en el dintel hombre y mujer agobiados cómo lloraban. Cómo recordaban la muerte de su hija.

Llegados, todos se persignaron. Algunos intentaron llenar de palabras al Padre Nuestro olvidado. Había para querer, pero yo no sé qué cosa. El nicho viejo, con los cascajos que se caían, fácil fue abrir.

Y todos quisieron ver más. Adrián y Francisco se acomodieron. El cajón fue saliendo. Se le sacó como si le

cubriera todavía toda la sombra de tantos años y telarañas. Tenía algunas partes huecas, podridas.

—Le ha goteado agua —decían.

—Es el tiempo —agregó Esther, cubriéndose la cabeza con el pañolón. Yo no quise pensar que por allí entrarían gusanos o se saldría ella por las noches.

Ya en el suelo se le roció con agua bendita. Y rezar fue todo el acontecer que nos unía. Orábamos. La que sabía alzaba la voz, yo le repetía. Nos sentamos. A qué apurarse. Y estábamos que ni conversábamos. Humeando el cigarro nomás o hinchando con la coca los carrillos.

El panteón está en declive. La parte de arriba es lo que se dedicó para los nichos nuevos. Allí estaba el de la tía María, comprado con ahorros de tres cosechas.

Subimos. Los cargadores subían a paso de procesión: dos para arriba, uno para atrás. No es que pesara, ¿o pesaría? No podían apurarse. Yo quería que fueran rápido, pero como algo que debiera durar también. Tenía la conciencia en el pecho que me descontentaba.

De la llegada, a ponerla en su nicho, esto debió de ser: Que todos querían, que todos no querían, o como yo, qué lo que se quería y lo que no. Pero hubo llanto de doler. Hubo gentes en la loma (aquello que se veía desde la carretera) que se movían como cuando se entierra.

Ajenos, los chicos correteaban por abajo. Mientras, se abrió el cajón. ¡Miramos!

De silencio; de un grupo de pechos ahogados; de nuestras cabezas que le cubrieron el cielo; de aprisionada por nuestra ternura, estaba allí.

La tía María estaba allí. Estaba su esqueleto. Su ropa de la tía María. Sus zapatos de hule intactitos. Sus cabellos frescos. Sus huesos. Su humedad. Sus límites. Su pobre carne reseca. Su tierra. Su silencio. Su alma.

¿Su alma? ¿Estaba el alma de la tía María? Lo que

dijimos no cuenta. Todo de ella. ¿Pero esperaríamos que hablara? Y nos buscábamos en los ojos casi culpables: ¿Dónde la tía María?

De su ataúd a mis ojos. De mis ojos a otros ojos. De ojos a ojos. Nos enredábamos pupila y corazón de buscarla. Estaba allí. Pero ¿dónde? Preguntábamos a fuerza de llanto, de soledad. A fuerza de querer estallar casi. Unos, entregados al silencio. ¿Yo?

Con sombra que cerraba, con agua bendita, con flores, con nuestro cariño, la cubrimos nuevamente. Sentíamos la tarde como un gran sepulcro en donde penábamos.

Esther contó en la merienda:

—Cuando me fui detrás del nicho, no sé qué pasó. ¡Sentí un frío! Después, que me jalaron del traje. Asustada, bajé corriendo, pero ya no tuve pena. Todo se había clareado.

Don Pancho, que comía desganado, dijo:

—Allí estuvo ella. ¿Y no haberla visto?

Luego, como apagarse el lamparín, cerró sombra que nos separó del pueblo.

ESE DON AGUILAR

Suelo de lluvia, de barro, de transitar imposible, estaba la tarde esa vez. A la puerta don Aguilar como eternidad, dejándose gotear en la mano, miraba.

Nosotros durábamos de contento. «¡Esa lluvia menuda, interminable con gente calmosa caminando lentamente», cómo olvidarla después decía yo, juntando recuerdos que se iban con las luces.

«¡Alma de don Aguilar!», cavilaba, mirando el arco iris que se iba de subida, de bajada.

Su presencia era como imagen de memoria para mí. Era en verdad recuerdo en tarde así el pobre don Aguilar, flaco, canceroso como estaba, tristemente viviendo, tristemente, como amontonándose en sus huesos.

—Sí, claro —decían los vecinos—. Se venga de su enfermedad embalsamando pájaros. Porque de su manía nomás se ocupaban.

Contaban:

—¡Se está acabando el pobre!

—Parece que se siente como quien se ve durar mucho cuando están sus pájaros inmóviles frente a él.

—Sí, pues. Tal vez los verá sanos de algún modo.

—O los tendrá como los únicos que no lo abandonan.

—Sí. Más allá de su muerte oculta entre su sombra.

—Pero estoy contando. ¡Qué estarnos felices en constancia del tiempo igual, sin extraños a quienes palomillos desear las buenas tardes!

De repente, ver caer una paloma torcaza y acordarnos de don Aguilar alcanzándonos un real, se hizo fiesta de carreras hasta tenerlo en nuestras manos.

—¡Pájaro! —gritábamos—. ¡Pájaro!

Y salto y vuelo nosotros. Salto y vuelo de ya no poder, la pobre paloma casi como sabiendo, quería escapar. Y qué barro ni qué lluvia. La cosa era el pájaro.

Así de perseguirlo. Hasta que como llovidos de sudor para afuera, latidos en apuro doliéndonos el pecho, con los ojos chispeando de alegría lo agarramos.

En camino a la botica ¿quién lo llevaba? Mas todos lo teníamos de algún modo, porque sucedía que unos muchachos se cogían de la mano o unas manos asían un saco, un pantalón. Los ojos sobre la paloma. El perro de Santiago corriendo delante sin quitarle la vista. De lejos se hubiera sorprendido a un grupo entusiasmado dando la vuelta alrededor de una alegría.

—¿Don Aguilar?

Miramos. Por encima y hasta a través de él, vimos pájaros inmóviles en todo el cuarto. Toda condición de aves a punto de volar o de haber llegado.

—Le traemos para que lo cure.

—¿Dónde lo cogieron? ¿Está herido?

—No ha oído o se hace el zonzo —dijo Dekar.

—¿Y el real? —preguntó Pablo, el más grande.

Don Aguilar lo tomó entre las manos. Lo miró.

—Sufre —dijo—. Está herido.

Yo pensaba, si es que pensaba: «Una vez que te han lastimado no es lo mismo. El volar como el andar cambian. Es como ~~tocarte~~ tocarte el alma».

El acariñaba al pajarillo. Y hablando para sí mismo, hablaba mi pensamiento:

—Ya no podrá volar igual.

Pablo se enfurecía de veras. Por eso alzaba la voz:

—¡Los veinte! ¡Los veinte que ya nos vamos!

En ese momento advertí: Un animalito quieto con la

cabeza quieta, las alas sueltas. Miré hacia otro lado para escapar de esa visión. Pablo estaba lejos y una sarta de chicos le seguían. Yo pensaba: «¿Qué hicimos para que así tanto susto nos dé?»

Después, no sé cómo mi corazón se repetía. Lo cierto es que, en qué rato, mi cuerpo empezó a moverse. Mis pies se atrevieron a entrar a la otra habitación. Mis manos buscaban un apoyo, y mis ojos seguros de lo que hallarían se posaron:

Allí estaba fijo, sin moverse, erguido, mirando yo no sé qué cosa, el pobre pájaro. Una palidez le daba en el pecho: la luz del lamparín ya encendido.

«Es de noche», me di cuenta. Allí estaba también don Aguilar, dentro de la noche, en medio de la media luz. Como sentado al frente de donde estaba, tenían sus ojos todo su pensamiento.

Fumaba. El cigarrillo parecía más vivo. Llevaba la mano hacia la boca y sudaba tristeza el hombre. Era triste el sudor cayéndose de la frente.

No le hablé. ¿Qué más podría haber sabido? Todo se me volvía el corazón un sollozo. Y esto que digo ahora, sin decirlo, me conmovía:

Allí el pájaro, sin moverse, estaba bien para don Aguilar.

Allí el pájaro, queriéndolo yo de vuelo, era mejor para mí.

Si estabas allí torcaza. ¿Qué vida, qué destino, para tus alas quietas, tus ojos rígidos?

¡Cómo nos hacía pensar ese don Aguilar con sus cosas!

LA MAÑUCA SUAREZ

El día que el temblor derribó el campanario de la iglesia y el pueblo quedó como amontonado sobre el suelo se hizo fecha de referencia. Se olvidó la muerte de don Hilario Taza, el más querido, y para consolar no hubo corazón sino para la propia tragedia.

Por eso a doña Mañuca, su viuda, tan avanzada como está apenas si se le hace caso:

—¿Y, para qué? —dicen envidiosos los vecinos—. Con tres casas, varias chacras y tanta plata que tendrá guardada.

Y mientras el pueblo tambaleante, despacio se levanta, se aprende a murmurar a sus espaldas.

Doña Chabela había contado que doña Mañuca estaba con hemorragia. Desde esa vez se abultó el chisme cuando no sé si en broma, el loco Abilio había dicho:

—Será que ha abortado del cura Bonque.

Santiguándose doña Chabela había contestado maliciosamente como asintiendo:

—Yo no he dicho eso.

Después los corazones turbios vieron lo que los ojos no vieron. «Cierto. Ella va donde el señor Cura.»

«Ahora más que de costumbre.»

“ Quién te dice que no será precisamente porque está enferma.»

Reían. Se ponían serios y luego hablaban con más ganas.

—La he visto ir de madrugada al convento.

—Yo la he visto salir.

Los más, por darse fama de enterados, querían contar «que la habían visto...». Pero no se atrevían a ir más lejos porque Dios tal vez los castigaría.

De chisme a chisme si no es extraña novedad, algunos todavía se preguntan:

—¿Será cierto?

—¿Mentira será?

—Si es cierto, peor —sentenció una tarde don Juan-dico—. ¡Se volverá mula! Y les contó la leyenda:

—En un pueblo, una vez, se vivía un fraile con su cocinera. Por este mal vivir, Dios la castigó: Se volvía mula. En luna llena, por las noches, galopaba hasta cansarse, con un relincho desbocado, desesperada, como contando y pidiendo perdón por sus mañas. Al amanecer, otra vez se volvía cristiana, natural como nosotros, y andaba por la calle como si nada.

La gente comenzó a decir:

—¡Se volverá mula doña Mañuca!

Una noche, en el velorio de doña María Avellaneda, loco Abilio salió con el cuento:

Bajaba yo de Muruhuay. Al encontrarse conmigo, de una media vuelta escapó por Jatun Cequia. No me dirán que es de Máximo Córdoba, porque la que tenía como ustedes saben, la vendió en Palca al yerno de Alvina Cuevas.

Para qué lo dijo. Los hablantes concluyeron, ocultando su recelo: «Sería doña Mañuca».

En días sucesivos no faltaron bocas que para no atorarse con la nueva, soltaban:

—Loco Abilio ha visto a la «mula».

Inventaban la imagen, intervenían en el asunto, agregaban palabras, y el cuento se contaba.

—Dice. La mula Mañuca... Dice.

De allí la gente, con la mula Mañuca por aquí, la mula Mañuca por allá. Muchos, al señalar el sendero «por donde había cruzado», ya no podían pensar lo contrario.

Así crecía el sentimiento: De tanto hablar, miedo. De tanto miedo, la evidencia de la sospecha.

Y doña Mañuca, de repente trabajadora como nunca, casi negada por los vecinos, seguía laborando las tierras.

—Aquí no ha sucedido nada —decía—. ¿Acaso no veo cómo verdea el papal?

Se alegraba optimista. Olvidó la tristeza y el desgano del comienzo. Ya nunca más estaría desanimada. Ya nunca más tampoco volvería hacia ese ayer de ayer: Al llorante recuerdo de don Hilario.

«Dejen a los muertos que se entierren entre ellos», sabía decir don Juandico. Y esas palabras que cuando quería comprenderlas se perdían, ahora la consolaban, la animaban, mientras hilaba por las tardes a la puerta de su casa.

Por esto la gente machacaba todavía más a sus espaldas.

—¡Claro! Si el señor Cura la aconseja, cómo no.

Será porque en el pueblo vivimos en la pobreza. Y no le culpamos al cielo por no llover, ni a los ríos que han enflaquecido como por conjuro.

—Es castigo —repiten pensando en doña Mañuca.

—Siempre ha sido así —arriesga alguien poco tímido—, lo que sucede a veces que mejoramos cuando hay agua.

—¡Que calle ese hombre! ¡El valle está condenado! —interrumpe un convencido. Y su voz pesa como tronco húmedo para los andantes que en estos aires van y vuelven rápido para animarse.

Crece el murmurar como nube de agosto. Pasa y repasa, pero nunca se declara. Sólo a veces una cólera súbita revienta en alguna esquina.

No la visitan ya. Ya ni la sombra de la gente a su zaguán asoma, donde antes con incansables manos recibían.

Hablan cólera o envidia por miedo, pocas veces simpatía por pena.

No son sinceros como si estuvieran convenidos. ¿Y el señor Cura? ¡Feliz! Con asustar: «Cuidado con el demonio que siempre está tentando».

Revientan sus rencores:

—¡Claro! Eso es refrescar la memoria como siempre.

—Maliciará que lo sabemos.

—Sí —dice loco Abilio—. ¡Nos amenaza!

Y de pensar, de más a más, de qué otra cosa se vencerían. ¿Que no fuera?

Agria memoranza es este tiempo en que se mira la tierra, entristece uno o maldice.

A los que nacen ni siquiera se les ve porque de repente nos damos cuenta que han sido hombres cuando los estamos enterrando. Esa noche estuvimos otra vez en velorio, pues para eso nos juntamos más que para la cosecha. Nos da un apuro de sepultar rápido a la muerte. Esa noche, repito, estábamos velando a don Agustín Amaro. Serían las doce y la luna alto estaba, hermosa. Cuando el loco medio en serio como él sabe comentó:

—A esta hora doña Mañuca ya debe de estar mula.

Su palabra se hizo eco, después burla, luego respeto, inquietud. A alguno se le ocurrió preguntar. Alguien llamaría.

—¡Doña Mañuca! —en la cocina, nada—. ¡Doña Mañuca! —en el patio, nada—. ¡Doña Mañuca! —de cara a cara, nada.

Una verdad oculta iba creciendo, como las piernas ansiosas de ir hacia cualquier parte.

Se oyó un relincho de mula arisca. A la puerta del corral el hijo de Santiago García lloraba asustado.

—¡Doña Mañuca! —dijo señalando el corral.

El loco repitió su canto:

—¿No digo? ¡ La mula! ¿Qué hacemos parados? ¿Qué esperan?

No esperamos más. Armándonos de palos o sogas o con cualquier cosa, corrimos. Loco dice que vio (porque fue el primero en entrar) una mula que saltaba el muro que da al camino por el lado del sauce viejo.

Trepamos la pared casi sin darnos cuenta. Nos repartimos para acorralarla, pero ya estaba lejos.

Luego de tanto buscar, con la luna que ya estaba bajando, al otro lado del río, en la chacra de Ramón Romero, la encontramos. Armados de palos y sogas como estábamos, sin atinar a lacearla siquiera, la golpeamos como a trigo en la era.

—¡ La pobre que gritaba como gente!

Seguimos pegando hasta que el aire de la amanecida le abrió campo y escapó a todo irse.

Nosotros volvimos limpios de temor, pero con una culpa que nos remordía.

—¡ Haber hecho llorar al pobre animal!

A la mañana siguiente se trataba de explicar:

—¡ Doña Mañuca ha muerto!

—¿ Ha muerto doña Mañuca?

Su cocinera contestaba a los preguntones:

—Rodó desde los altos. Había subido a bajar sebo para el mechero.

Nosotros no nos atrevimos a pensar. Sentimos lástima. Sentimos también culpa. Y no se sabía por qué estaba bien condolerse pero no por ella.

Después, a lo largo de los días, supimos por boca de la gente que vive por el camino a Muruhuay:

—En la madrugada del velorio de don Agustín Amaro pasó un galope que conmovió la tierra.

—Por esa seña, a lo peor, sería la mula que maltrataron —dijo don Eulalio Anticona.

Nosotros no nos atrevimos a pensar. Sentimos lástima. Sentimos también culpa.

Y hoy, al cambiar de los años, cuando esas dudas, cóleras y temores no es sino una fábula de abuelas, sabemos:

—Doña Mañuca no está a la puerta de su casa.

—Hilando no está.

—En esta tristeza en que los jóvenes deambulan con los brazos caídos.

Y la tierra nuevamente seca, miserable. . .

La pena entonces, como extrañándola, cuando es frío lo solitario de las calles y es el alma viento recogiendo sus huellas.

ESA VEZ DEL HUAYCO

I

Alrededor de don Teófilo Navarro no queda sino contagiador aire entristecido. Su casa, pura pampa quedó después del huaico —agua de mala entraña— que lo tumbó todo.

Los vecinos están medio que están nomás. La mitad se les fue tratando de levantar pared con la mirada y la otra mitad para consolarlo:

—Con un poco de voluntad, podrá usted levantarse de nuevo.

El caso fue así:

Todas las veces de susto le decían:

—Don Tofe, haga usted construir muro de piedra a su casa, no sea que el huaico...

Pero él se reía con suficiencia, y para decir algo por contestar, repetía:

—Que venga el huaico. Que me lleve. De resbaladera acabará la pena.

Lo decía por decir porque en el pueblo, con penas y todo, siempre somos felices.

Después que levantó su casa, en que hubo apurado trajín para terminar, luego de la techa, en que hubo demorado canto de no acabar con música y zapateo para

afirmar el suelo, se hizo tranquilidad. Y como él lo dijo desafiador:

—Hasta que otro guapo se atreva, pared y techo contra viento y noche que revienten de impotencia.

Fabricaba y componía sombreros. A la puerta de su casa, aguja en mano, sombrero en horma, silbido y canto para rellenar hueco de tarde nostálgica, lo veíamos cumplir.

En el invierno paz, no en el verano. Medio que se quisquillaba don Tofe mirando temeroso el agua que crecía hasta engrosar el río. Decía:

—¡Esto es costumbre! ¿Habría por qué temer?

Muchas veces la campana madrina de la iglesia, en talantanés de peligro, anunciaba desbordera, y don Tofe, creído, corría que corría para ver. Allí estaba intacta la casa a la orilla del cauce.

La noche en que sucedió no podía ser, aunque se hubiese roto el brazo el sacristán o hubiera podido más y rompiera las campanas avisando. Era cumpleaños de doña Adelaida Suárez. No se podía creer. Y más cuando la fiesta había sido con música y la agasajada era persona que estaba bien con Dios.

Don Tofe decía:

—Beber, beber, que la vida se ha de acabar.

Verlo era un gusto, alegre como estaba, a pesar de que la Grimalda, su mujer, con su tremenda barriga, sentada en un rincón censuraba.

Primero fue un rumor creciente que llegó, junto con el grito de Julián Mayta que saltaba corriendo de la huerta:

—¡Está entrando agua!... ¡Está trayendo piedras!...

Muy pocos lo oyeron. En ese instante entró el agua hasta el patio. No debía ser grave la cosa... El agua avanzaba rápidamente como buscando algo. Entonces sí que reaccionamos, aunque de primera intención no se tomó ninguna iniciativa. En la sala de la derecha, ebrios los

músicos, sin darse cuenta, bromeaban todavía. Yo comencé a correr sin saber a dónde.

Un golpe fuerte en la sala de la izquierda que da al cauce, comprendiendo el peligro, nos puso con la cara seria. Y cuando ya lampón y pico los hombres se disponían, se inundaron las salas y los cuartos. La cocina con sus viejas era un grito de rezos. El agua furiosa sabía de memoria su trabajo, lo que hacía. En un santiamén todo estuvo inundado sobre la altura de los cimientos.

En el momento en que los animales salían al escape, las paredes empezaron a ceder. Las mujeres (doña Eulalia Espinoza principalmente) gritaban, clamaban al cielo. Y los hombres lisureaban dándose coraje.

No se podía. Era torrente de fuerza. Las paredes del corral vencidas se cayeron. Don Antonio Ebúsquez era el único de carácter que se dejaba oír:

—¡Rompan la puerta falsa que da al cauce para desatorar!

Pero la lluvia lo atoraba a él, porque era como río que bajaba.

En la tiniebla éramos gente oscurecida, loca, como la entraña de esa noche de rayos y de truenos.

Al relámpago, apurado seguía bajando el aluvión. Desde el corral, por el patio, al camino, y luego al río bajaba. De la puerta del zaguán quedaban astillas.

Vimos a la Grimalda. Subida sobre un batán lloraba a más no poder. Pensaba en Dios con todos sus dolores.

II

De agua, de noche, de viento, fue la tumbadera de la casa de Don Tofe. Con gritos de parto también, pues la Grimalda, ayudada por Roque Barrera y subida sobre una

mesita que a la vez la contenía contra la pared sobre el poyo, comenzó a descuartizarse.

Doña Toribia estuvo felizmente, atendiéndola como pudo. Roque a duras penas contenía la mesa y sostenía también a la Grimalda. Doña Toribia, con las manos de agua terrosa, remangándose el brazo, la asistía.

Grimalda se animaba casi quebrándole el brazo al Roque con el esfuerzo:

—¡Ayude usted! ¡Ayude usted, mamá Tulli! —Sin embargo, fue como una lucha el nacimiento, mientras el agua amenazaba con derribarnos.

Luego doña Toribia, serena como siempre, descorcheándose el monillo, cobijó a la criatura que ya gritaba, junto a sus lacios senos.

Otro grito fuerte fue como una protesta, pero con el llanto del niño nos renació el valor. A su mamá hubiera podido también reanimarla; no, ella había fallecido antes de oírlo.

Total, todo se apagó. Solamente cuando la pena arreciaba, mirando los cimientos lavados que quedaban, pasó la lluvia. El huaico bajo su correntada o habría bajado antes: oíamos un rumor entre violento y tranquilo.

En adelante se comenzó a buscar:

—¡Don Macshi!... ¡Mamá Brígida!... ¡Lázaro!...

Oía su nombre cada cual y cada cual contestaba animándose. Don Tofe, sin haberse enterado todavía, buscaba a su Grimalda.

Media puerta del zaguán, inservible, había ido a parar a la chacra de enfrente. Las sillas y ventanas desparramadas. Dice Demetrio López que un cerdo había varado cerca de Vilcabamba.

Los muros y cimientos quedaron débiles. Algunos baúles amarrados al manzano estaban astillados. Allí quedaba también el batán de don Jacinto Navarro, centenaria piedra donde molieron los abuelos.

Lo demás y más fuerte se supo cuando don Tofe llegó

hasta nosotros, con su mujer muerta en brazos. Detrás doña Toribia con el recién nacido.

Esas dos caras fueron para nosotros un ¡golpe! que nunca habíamos sentido.

En el velorio, en casa de don Nicolás Arosemena, no se rió por primera vez los chistes de Roque.

En un ángulo de la sala, don Teófilo se quejaba. Parecía que el aire de esa mala noche se le había secado en la cara. Eran como furia vencida las huellas de su rostro. Repetía:

—¡Quién lo hubiera dicho...! ¡Quién lo hubiera dicho!

En fin, la velada fue de razonar pesimista, con ese café consolador apenas.

¡Cómo se recordó la muerte! ¡Cuántos nombres! Eladio Amaro, Fortunato Rojas, Pedro Tintush. ¡Pero nunca desgraciados!

—¡Ah, ya se fueron!

Se sintió la muerte a muerte. Adentro, hasta los tuétanos como angustia; afuera, en los miembros ateridos, como temblor desconocido.

Ni coca ni aguardiente pudieron esa noche.

Desde entonces don Tofe, medio vivo, medio fantasma, allí está.

—Zurcidor de sombreros —dicen.

Mientras, verdeciendo, retoña el valle de la gente que habla por hablar.

—¡Caído, con la cara en el suelo!

—¡Zurcidor de sombreros viejos!

Pero nadie sabe lo de nadie. De repente, un día...

CHAJRA

Del Pancho solamente sabemos que vive en casa de don Mauricio Basurto. Pero si estamos seguros de encontrarlo por el camino de La Banda rumbo a Chimpaco encendiendo fogatas. Detrás de los animales va como afirmándose al suelo, aunque sus pies conocen de hábito la ida y el regreso del camino.

Las criaturas mayores que preguntan, lo miran temerosos: Su cara seca y dura como corteza de eucalipto viejo; sus ojos lejanos para las cosas; sus brazos que se levantan para señalar el cielo.

—¿Va a llover?

Y él afirma con el puño en alto, moviendo la cabeza, con los ojos fijos, siempre fijos, como si no necesitara ver para saber.

Hay otras personas que saben más de él. Son las chicas de la escuela. Las del quinto año principalmente. Ellas, que ya no se escriben cartas ni se obsequian estampas en cada esfuerzo por expresar su ternura.

Cierto, ellas se sientan juntas, pero hay algo que las separa. Ese vacío entre cuerpos está ocupado por un recuerdo. A veces se miran a través de esa imagen que se prende o se apaga. Sonríen. Quisieran contarse.

—Yo quiero, quiero, pero no sé a quién —dice Cata. Bien lo sabe. Se regocija con su secreto. Entonces el

recuerdo cambia. Adquiere el cuerpo del toro negro, del toro colorado.

—Mi perro es hermoso —contesta Margarita.

—Yo sí tengo cariño —agrega Lola más decidida, mirando los árboles del patio.

Pero el recuerdo se borra por completo. Es que ni ellas quisieran saberlo. ¡Ah, secreto, cuántas caras tienes!

A medio año, cuando el sol de invierno ha completado el hastío, las chicas están más inquietas en su banco. Se miran entre ellas. Suspiran. Se preguntan con los ojos. Se sorprende de repente. La maestra ha nombrado a los viandantes.

—¿«Viandantes»?

—Pasajeros...

Se miran confundidas.

Caminantes. Los que van a todas partes. En todo tiempo. Los que buscan El Dorado, como en la Conquista...

Ya no escuchan. Hay un pálpito. Los ojos podrían ver lo que afuera se oye. (Alguien pasa.) Escuchan en silencio. (Alguien.) Una música apagada. (¿Quién caminará?) Una canción de entresueño. (Como un olor esa melodía.) ¿Quién podrá decirle no al corazón que ha presentido? (Como un olor a tierra húmeda y caliente.) Lo que se detuvo (Que Miró) Olor a tierra. (¡Que miró, abuelita!) Húmeda tierra. (¡Hombre!) Humedad estremecida. (Tibia, tibia, como fiebre.) Olor a cedrones cálidos. (Como abrazo, abrazo...) Olor a criatura que les vibra en sabe Dios qué parte de la entraña.

Se levantan de la historia héroes. Se personifican. Tienen cara del Demetrio, del Pedro, del Manuel. Pero ellos están lejos, al borde de la muerte.

—Leticia, dicen.

Es una tierra que no se conoce pero se ve. Un lugar de aventuras. Como si alguien ocurrente hubiera querido enviarlos a su conquista.

—¡ Todavía ahora qué hacen falta!

—En fin, tendrá su encanto.

—¿ Pero se sabrá por qué?

Conversan de casa a casa, cuando es de noche, y están advirtiéndole que la cama es grande para una sola. El viento fresco se entra por las ventanas.

En costura las mayores han adelantado bastante. La Directora, orgullosa, podría llamar al Inspector y engrafarla mostrando su eficiencia.

Los vestiditos tiemblan en las manos de las niñas. ¡ Ay orgullo! Cata mira con ternura su trabajo

—¿ Está bien, señorita?

Y cómo es feliz ahora que una sombra le tiñe un poco las pupilas. Después de todo, un vestidito es un objeto que puede hacer pensar en la vida, en sus secretos, a una niña que ya siente cómo la tierra está llamando a la vida por su cuerpo.

Las fiestas del Veintiocho son las más importantes, tanto como las de Navidad y Pascua. Para esta fecha, el pueblo con todos sus anexos y poblados, se reúne en la alegría. Los que salieron para las minas y los centros de trabajo regresan con terno nuevo, mucha plata y más huaynos aprendidos. Pero en este año no han vuelto cuántos, y otros, si ya no están luchando contra los colombianos, estarán más allá de Oxapampa peleando contra la selva.

Solamente viejos y niños han venido con brazos y manos doblemente desgastados, y las niñas han acudido con alegría y esperanzas aumentadas.

—¡ Se ve! ¡ Cómo reluce la Lola con sus trenzas chivillas, sus ojos claros alumbradores! ¡ Cómo la niña, oliendo a naftalina, con los trajes del baúl y los zapatos lustrados como nuevos va de un lado a otro! ¡ Si se siente de veras la esperanza!

—En julio no fallan los jóvenes.

—Podrían venir desde la muerte.

Y aunque estamos en plena actuación, las chicas piensan que alguien estará bajando por Antalcma, si es que vuelve.

Quedaban cuatro que lograron escapar de la redada.

—Para qué pelear —habían dicho—. ¡No podemos ni contra la helada!

Y eso fue lo más cuerdo que se había oído en contra de las ideas del Gobernador, don Antenor Ofelan, que tal vez él sí sabría por qué, ya que siempre estaba fuc-teando a la gente.

Nosotros no tenemos que hablar mal de nadie aunque sean pegadores. Ellos tienen de cualquier modo su raíz en el corazón. Somos nosotros mismos. Y hablar de uno mismo para qué.

El Alcalde, el Gobernador, los Concejales, menos Hilarario Meza, que está de regante, se apuran y se empeñan en el balcón de la Municipalidad.

¡Veintiocho! El programa se cumple con toda seguridad. Don Santos sabe lo que hace. En cambio, las chicas no saben qué avispas escondidas en el aire las fastidian. El desfile comienza. Las alumnas sacan pecho. Las profesoras van delante. La Directora es la única decente. Las demás, mal. Y la pobre señorita Herlinda con mandil viejo, lavado.

El sol quema.

—¡Calor!

—¡Polvo!

Hay calor con viento y polvo.

—¡Ay, calor!

Antonio Huertas, el más pequeño, que dicen que es poeta, repite:

—¡Ay, calor, color, ay, color, calor! —Y de un hondo zoz se baja un pájaro distraendo la marcha.

Se apuran las mayores.

«¿Quién nos mirará?»

«¡Tanto afanarse para esto!»

«¿Quién nos estará mirando?»

«¡Lo mismo de siempre!»

Dula Puente, la loca, cruza buscando cosas por el suelo. Entonces, como si nada sucediese, vuelven los ojos hacia ella. Comprueban su figura y sin ganas de mirar siguen mirando.

El Alcalde que olvidó su discurso ordena:

—Otra vuelta a la plaza —mientras grita a su mujer desde el balcón—: Tráeme los papeles que olvidé debajo de tu almohada.

Ahora sí, risa, risa de la gente. Y el desfile continúa. Las maestras se avergüenzan de estar marcando el paso como las menores. Ya no sorprende la fiesta, ya no llama la atención. Piensan: «¿Haber nacido para esto?»

Ah, sí. Estos ojos están hechos para la sorpresa. Allí está el Opa.

—¿Cómo habrá venido?

—Sabía que vendría.

—No sé cómo lo han dejado.

Pancho, de pasada, dejó ver su corpulencia.

Allí sí se advirtió su mirada. Había sabido brillar. Había sabido interesarse por las cosas.

Y las alumnas mayores se irguieron esta vez. Marcharon. Alzaron los pies hasta levantar el polvo de la tierra.

¡Esos mandiles! Los cabellos negros de Lola, los zapatos relucientes de Margarita, se mostraron. Las últimas criaturas que iban hacia todas partes, pero siempre hacia delante, comenzaron a moler las medias.

Un inquietarse del todo, como si el recuerdo de los hombres se hubiera presentado en los corazones.

Fue un sentimiento pleno, como una respuesta evidente al porqué de esa tarde.

El Opa pasó. Nadie dirá que se le venían sus ojos, aparte de dos o tres que se comprometían. Se fue con la carga de tanta inquietud a las espaldas. El, el único.

Después de la repartición de premios y diplomas se

recordó. Las palabras del Alcalde, las mismas de todos los años, revivieron otros asuntos.

Las chicas, molestas, se quedaron como sin tierra para sostenerse. Las ahogaba el desencanto. Escuchaban a las gentes desanimadas:

—Este año ni el asalto a la bandera en Pumampi.

—Ni los muchachos discurseadores.

—El último que había alcanzado la cumbre había sido Víctor Astete.

—El último que había hablado, y con qué prosa, Alejandro Ramírez.

—El último que había robado mis gallinas, Agustín Santibáñez.

Las últimas acciones de los hombres renacen. En cada viejita lo último es la vez que laboraba el hijo, o se perdía del hogar por las noches. Todo aquello es el querer. El querer volverlos a lo de siempre.

—Con los hijos lejos, no hay vida que se viva a gusto.

Pero lejos quiere decir muerte tal vez, y vida lo que vamos perdiendo en cada recuerdo, como ir desangrándonos.

En la memoria sollozante de las niñas no hay objeto fijo. Es nostalgia desconocida. Como si escarbando en el corazón, quisiera encontrarse ese lugar oculto en donde habita el verdadero deseo.

Pero no. Será amargura. Será ansiedad desconocida. Búsqueda no más. Sin que a la noche, siquiera como el lucero, con su luz nos diga: «Aquí estaré hasta que alguna vez me toques».

El regreso da al sentimiento de que algo se ha dejado en la plaza. No apena lo que se hubiera obtenido, sino lo que se perdió. ¡Y lo peor! No saber qué es lo que se ha perdido. Acaso la esperanza. La creencia oscura de que alguien o algo cambiaría la atmósfera de esa tarde.

Un trueno trae el sonar de tremendas rocas que se

desbarrancan. Principió a llover. En las casas que empiezan a humear por sus chimencas, se oye:

—Será la tormenta...

Y en las chicas hay vagamente una pena para llorar o para recordar una huella o a veces para entrever una cara que se dibuja entre las nubes.

En casa de Catalina, abuela repite:

—Llueve, pero no será para temer.

Lola mira el fuego entre triste y chispeador. Una cara se levanta continuamente. Esa cara existe. Esa cara vive cerca. Tan cerca que su recuerdo es como la retama: hace presente la alegría.

En casa de Abelina, la mujer del Alcalde, se oye.

—Llueve. No podrás salir. Se irá sola la Eusebia.

Margarita no contesta. Recuerda. Mira las fogatas del camino. Sabe que irá.

Las ramas del duraznero en el patio arden. Son como brazos. Fuertes son los brazos del Pancho.

Por el camino hay fogatas. Son las huellas del Pancho. Margarita y Lola caminan. Se conturban. Ese calor es el calor que encontrarán en las manos del hombre. No van juntas. No se hablan.

En cada cuerpo que el silencio estremecido envuelve están los ojos del Pancho. La tierra se levanta. Es humedad, es tibio calor de verano.

Entonces puede reconocerse en el espacio, hálitos de frutos en sazón. Hay pájaros que gastan el último aleteo de su vuelo. Están cansados.

Vuelven los toros. Se evaporan de su cuerpo humedades que buscan el aire y se esparcen. Arboles que por debajo se encuentran. Naturaleza que se inunda en la comunión de las fuerzas.

Está bajando la lluvia. En el aire se oye otra voz de otro tiempo:

Ya vienen los cerrazones
trayendo ríos y montes...

La canción es la voz de la tierra misma. Comunica la nostalgia de los vallinos. La soledad de los seres, es un misterio que se ve.

Cuando llegaron a la cabaña se miraron. Las dos se vieron íntimamente. El secreto les pertenecía. Rieron. Ninguna pensó. Ninguna pudo advertir sino como una ternura amorosa que las sostenía. Llamaron.

Pancho había bajado a la chacra vecina. Dentro y fuera de la lluvia su voz se escuchaba:

—¡Chajra! ¡Chajra! —gritaba con los brazos en alto, mojándose la cara, con la boca abierta, queriendo beber con todo el cuerpo el agua torrencial.

Lola y Margarita veían un aparecido. La tierra toda, toda temblaba en alientos desbordados,

Y Lola tembló. Sintió raíces que le nacían en los pies. Su voz creció como si el viento creciera en sus pulmones. Margarita reía. Su carcajada se despertaba desde regiones interiores que nunca nadie había descubierto. Las tres personas eran la ebriedad de la fuerza, la vida que se revolvía en la sangre.

Por el aire se sintió entonces la presencia de alguien que se detenía y miraba...

Serían ellos tal vez, los hombres, los que habrían dejado su cuerpo en Leticia, entre la selva.

SEQUIA NOMAS

¿Don Robustiano? Desde el primer canto de los gallos, hasta el silencio de los nidos calentitos de sueño, su cabeza ladeada, sin definirse hacia dónde, que llega y se va.

¡Cómo no ha de remordernos! De verlo en un irse de agonía, en un olvido. De saberlo en una falta de voluntad para la pelea. Y lo más grave aún, sin nada ya en su búsqueda; sin nada, ni su búsqueda, sino su simple irse porque sí.

No su dolor sobre la tierra miserable. No su contagio del saúco amargo ya sin sangre que se va, sino este vencimiento convencido que ni siquiera a la muerte lo conduce. No. Que se adormila su corazón, se empolva su cuerpo con cansancio. Y los modos de antes, de aquella vez en que el pueblo se levantó sobre la sequedad y la carcomida montaña de los días faltan. «Quién verá por ustedes», ya no dice. Ya nadie se esfuerza tampoco por alentarse en este verano, en donde el puro calor como una lenta escondida invasión continua, continúa.

Así se van las cosas. Siendo nosotros, el limonero vagabundo del patio; la Diamela, pobrecita perra sin mendrugo; el campanario de la iglesia, aliviador de las tardes agitadas; y la escuelita del pueblo, en donde tantos decires nos contradicen. Siendo así, querramos que no, se van.

Sucede que da ganas de volverse malderrabia, de gritar, de morder, de revolcarse.

Si se juegan con nosotros.

Y se mira hacia dónde, donde el perverso con sangran-
te boca seguro reirá.

¿Don Robustiano? Para qué hablar. Es un conjuro de
lampas y de picos, de yuntas y de cánticos de la siembra,
vuelta a vuelta sofocándolo.

Ah, calor, se dice, con los ojos agónicos como atarde-
cer. El deseo reseco en un verano de árboles y piedras
calcinadas. Los vapores ardientes de la sangre, aquí, donde
para el mirar ya no hay lejos, sino la pura presencia gas-
tándose en sí misma, gastándose muerte a muerte, en una
quemante voráGINE quemante.

Anocheció en el pueblo. En su frente la calma como
sombra. Bajo tierra, cómo será después si se quedó como
piedra.

(El viento, un tropel de aullantes alunados.)

Se ha estado removiendo huesos en el panteón donde
no había para más fosas. No había tampoco a dónde mirar
sin comprobar la pena.

Ya sombra se arrastran los pies. El licor nada puede.
Y con lampa al hombro, con la cabeza saliendo del pecho,
se camina como que se vuelve.

No sé. Se cansa uno dentro del cuerpo. Sin porqué.
Hasta se intentaría arrancarnos algo. Tal vez quedaríamos
mejor. Sobran las manos. No sé. Como peste será. Como
enfermedad que llega en agosto. Como sequedad.

Estará bien para los mayores. ¿Para los menores?
Todo encogido, como resentido se queda uno, y ya está.

Mal de sequía que seca hasta la sangre. El panteón
que ni se puede anchar más.

(Los trigales, ardiente olvido desolado.)

Empezamos a contar los transeúntes, aunque hay quie-
nes pueden reír con risa seca.

Pasa la Eusebia. Se le sonríe. Porque adrede nos mues-
tra su barriga cuando cruza por nuestro lado.

¡Está encinta del Rosendo!

El pueblo también como empuñado está. Hinchado, sofocado. Se guarda las manos. La coca sabe como el tiempo. Se acomoda uno sin dar con la posición, y se está.

Pero no es eso. No sabemos. Es mal. Es como eucalipto sediento que ronca ras, ras; como si la calor rajando sus entrañas, anidara no sé qué sabor que ni lo sentimos, que no podemos, pero hace daño.

Es que hay algo como hinchado, sofocando, al frente o adentro de nosotros. Hinchido como ventosidad de toro que está por morir, fastidiando.

Todo como si no fuera. O de ardoroso vientre todo que pierde sentido. Los gatos en los tejados maúllan astillones de candela que nos hieren. María que me habla con los ojos de su abuela, ni para ánimo. Y qué ha de ser consuelo el ardiente penar del violín de Manuel Sedano.

Las calabazas puestas a solear, reseca. Las mazorcas en los trojes queman. Y el toro colorado de don Chambillo, bufa sequedad que nos alcanza. ¡Colorado! Es extraño nombrarse entonces.

(La calor en el aire como incendio que no se ve.)

Mientras otros, los que recién crecen al mediodía, ejercitan sus ojos al resplandor, aprenden a llamar por los senderos.

—¿Vamos? —Abren caminos.

—¡Vamos! —¿Pero se va?

Son los ojos mismos de don Robustiano, ¡en todas las caras!

¡Y buscar!

Las miradas hinchadas de los hombres topándose con la noche.

Con el aire de las manos tanteando por el valle, de arriba abajo, de un lado a otro.

¿Y llamar?

Toda la pierna rendida, queriendo reventar. Acosados queriendo escapar de lo que nos golpea. Para saber. Para

estar. Para saber por qué estamos. Por qué quedamos.
Duro verano aplastándonos, arriándonos desesperados,
huyéndonos entre espinales.

¿Y callar?

Toda la vida el corazón enterrarlo, sembrarlo para gu-
sanos. Entonces, para qué tanto. A ver digan. ¿Para qué?
Los toros comen la tarde y mugen. ¡Morirán!

TAITA CRISTO
1960

Como es el tiempo, ¿no? Da que refr. Da también que sufrir.

A enero, se le espera ojos arriba aunque no llueva. A mayo, se le ríe con fiestas y danzarines. (Padre Mayo: fecha grande de su aparición.) En julio, se mira más que se labora, mientras se espera el trigo. Pero antes, en abril, se llora hasta por el solo gusto de llorar. Chicas hay que van a la iglesia a lagrimear como quien reza.

Así, en el mes de los días santificados, cuando se detienen ojos que miran el altar, y encuentran al Señor mucho más verdadero que en el resto del año. Se le mira y se comprende: Un hombre, con esos ojos, qué ha de sufrir. Y las heridas que no son para tanto, sino ese caerse de la cabeza, el pecho hundido y el cuerpo cansado venciéndose. Es un indagar a lo alto como si se buscara la razón de algo que se desconoce. Es una duda.

Un vacilar y una pregunta para los muchachos:

—¿Cierto será?

—¿Un hombre será?

—¿Un Dios muerto?

Jacinto Navarro dice:

—¡Buen trabajo y buen material! Yeso de Yurajmarca. De los buenos.

Y cuando Aurelia Ramos repite, «pobrecito» ...uno también se contagia, diciendo pobre, mirándola a ella. Una pobre diciendo pobrecito.

Ya sabes que estamos en Viernes Santo, pero sabrás también que ha sido difícil llegar. Alejandro Guerrero, no quiso dejar su puesto junto a los cargadores; constando que el año pasado, secos los rostros, unánimes le negaron. Culpable él de que se ladeara el anda y casi se cayera. La vieja doña Laura, franca como ella sola, se lo dijo:

—Alejo, tendrás que reemplazarte.

El lo supo. No necesitó que lo ofendieran recordándole. Pero, hablando claro, qué mejor un golpe así, para que se diera cuenta del todo.

Meses atrás no quería oír que le mentaran a su hijo.

—Es joven —se repetía sin querer convencerse él mismo. Quién iba a negarlo, pero aun siendo así tendría que aceptar. Otra solución nadie se la daba.

El pueblo fue acordando que mejor sería aceptar al Lizardo, su hijo, que no al Alejandro. Treinta y nueve años de cargador no era para poco, y a ese cuerpo no podía exigírsele ya.

De ese modo la gente se fue fijando en el Lizardo, dándole importancia, y él como que crecía fue cambiando de cara.

—Su manera también ha cambiado —decían. Hasta enamora.

Al viejo, por el contrario, se le cayeron los hombros y bajó la cabeza. Es que la gente lo venció de verdad porque tenía razón. Le había llegado el tiempo que le llega aun a la roca viva; y la Conce, su mujer, resistiéndose decía:

—Ahora sí, el pobre viejo, viejo. Ya no me querrá —lo dijo en un momento de risas— para la cama, no por el almuerzo; sino por necesidad más fuerte, por no saber qué hacer conmigo, sino sólo por tenerme.

—Así es Conce. Tantos años juntos cómo no ha de ser.

—De tal modo que no me acuerdo si alguna vez he sido sola.

Y ahora, de viejos, hasta se tiene la misma cara.

Lo que decía don Juandico: Nadie se conforma con su suerte. Aunque la gente le diga:

—Bien Alejo. Así se hace. —Y otros por lo bajo testimonien:

—Viejo rebelde. Hombre duro.

—Hombre de morir andando—. Nadie se conforma con su suerte.

Así cuando ha llegado la tarde y hemos oído las Tres Horas, se habla de nuevo, tratando de calmarse o de explicarse:

—El Lizardo cargará como quien carga los pesos del pueblo.

—Tomará su lugar como quien toma la lampa para responder por sí mismo.

—Para saber que la tierra ya es pertenencia y para ser y decidir. No solamente los propios asuntos sino también los del pueblo.

Y al fin después de adelantar sus tragos en la esquina de César Amaro, el viejo está diciendo, de espaldas, contra la pared:

—Carácter. Dejarán de mirarme si me falta carácter—. Y gritando a lo largo de la calle: —Mi hijo responderá. Mi sangre es.

Doña Mañuca, que está hilando a la puerta de su casa, le ayuda:

—El sabrá, hijo. Cumplirá.

—No tener reemplazo hubiera sido como haber vivido de prestado. Claro que responderá —contesta Alejandro.

Motivo grande es, pues, cambiar de cargador. ¿No está cambiando de hombre, en fecha solemne, el pueblo? Por eso los matraqueros corren y recorren entusiasmados, cuando ya han llegado gentes de todos los barrios y caseríos.

Están Huaracayo juntamente con Vilcabamba; Picoy

con Tupín y la Florida. Los de más aquí también; los de Chipián y Tingo; los de Pichas, El Molino y Antashloma, así como los de Muruhuay y Coto; los de Tapuchaca y La Banda. Estos últimos, gente que así como así no sale.

Estamos aquí con los huaracaínos, envidiosos de nuestra fiesta. Con su don José Navarro como criticón mayor fijándose en las fallas.

Esto es ahora. Alejandro Guerrero, ya en la iglesia, está diciendo:

—Padre San Miguel, no es que me falte carácter. Es que no sé conformarme—. Y quién se da cuenta cuando apoya la cabeza sobre un hombro que no se ve.

Allí están ya los dispuestos para cargar. La única anda que nos preocupa y llama la atención es la del Santo Sepulcro. Lo demás se mira con simpatía, como cosas resabidas.

Cierto es que los jóvenes se preocupan por el de la Virgen, ya que con ella van las maltoncitas, las que cantan. Las que del año atrás a hoy, ya saben reír con esta cara.

Los muchachos maduros, están interesados en el Lizardo. Lo miran con celo, con sorna suavizada. «Muchacho», piensan. Y ven lo que ven:

El cielo como al revés. Alumbran las velas, parpadean. El aire juguetea. Viene y apaga una vela. Llega y apaga otra vela. Se va correteando por las filas, mientras reidoras otras, se encienden nuevamente.

Flores se riegan al paso. Caras sonríen entre alegres y alegres. Ojos, buscan ojos queridos. Y si los llegados saludan y es el encuentro, y si miran al Señor y dicen «aquí estamos», para eso era el verse, para contestarse y respirar, altos los hombres, remozados los viejos.

Los jovenzuelos con candibolas golpean. Con «Juan Alonso» prenden los cabellos. Lo que es mejor para los enamorados que disimulando acarician. Y ellas, riéndose, no molestándose.

A las cuabras, pasada ya la expectativa, cumplimos. Las viejas y las beatas se han quedado en la iglesia. De ellas, una que otra recordará los barrizales de otros tiempos, cuando caía la nieve por estos lares, cuando aún cantaba el pito pecho colorado, y cuando la luna se ocultaba, justo, entrando la procesión a su destino.

La Juliana madre, está mirando con sus ojos contenidos, mientras la vida está transcurriendo dentro sin que ella lo sepa. Yo le preguntaría desde dónde mira. Ojos de viejecita son como ojos de cadáver: ya no dicen nada. Sin embargo, cuando se acomoda sobre sus rodillas, se le escucha:

—El Alejandro resistirá todavía. Don Tobías Lucen resistió cuarenticinco años.

Ella no se ha enterado del cambio.

Y las cantoras, cantadoras, muchachas vírgenes que alaban a la Virgen. Músicos de la Provincia. Altas estrellas. Hay tensión de sogá templada como en el corte de un árbol. Es que del aire al aire hay un vigor que levanta hombres. Es como un fortalecer.

¿Pero será cierto? Alejandro Guerrero está diciendo:

—Después de todo, el hombre debe ir hasta el fin. Vencido es vencido. Yo no estoy muerto.

Es que en la esquina de Máximo Córdoba, Lizardo había caído. Nadie lo ayudó a levantarse.

—Que responda —dijeron—. El que se compromete que cumpla. Para qué es hombre.

Había seguido a la punta, guiando con mano derecha, en tanto el Gobernador exigía demasiado.

Lizardo, sangrando nuevamente, cayó sangrando por la boca. Es que como bautizándolo, los compañeros le dejaban caer todo el peso, y él de puro orgulloso se puso a resistir. Eso le afectaría. Aunque hombres hubieron que resistieron todo el peso. Con la chacta, la coca y el valor de la jornada, se levantaba dentro de ellos otro hombre mejor que afrontaba la situación.

—Mas cuando las chicas se fijan de reojo y animan a uno como quien se da.

—Así pues no pudo ser hombre esta vez.

—Quizás en la otra.

Las muchachas alzan la voz junto con las viejas. Es un canto no para la Virgen, sino para sí mismas, para animarse, para no verlo cómo sufre, cómo se duele, si ya no está muerto.

Esto es creer: las chicas como madres que lo sienten.

—Mi hijo —dicen. Las viejas lloran. Las que no han tenido hijo también dicen: mi hijo.

Una voz rota grita:

—Yo responderé. Mi sangre no está vencida.

Si alguien le oye, nadie le hace caso. Se comienza a decir más bien que la culpa es de todos. Unos culpándose repiten:

—Yo le animé. Yo soy responsable—. Y otros:

—Nadie más que el viejo sabe. Por qué aceptó.

Don José Navarro, sorprendido, no habla. Está viendo por primera vez lo que acontece. Su silencio es una prueba de que algo fuera de costumbre está sucediendo.

Ultimamente, dejándose oír del todo, Alejandro está diciendo:

—Lo que pasó, pasó. Lo que sí sucede es que mis hombros responden todavía. Si mi Lizardo... —le apagan las palabras para gritarse entre ellos:

—Cosas de viejo.

Lo dicen por decir, pues no saben qué hablar cuando alguien propone:

—La cruz que cargue. Que pague lo que ha hecho.

Había una necesidad de purgar lo que había sucedido. Por eso se dieron totalmente contra el viejo, en tanto él repetía que le trajeran. Sabiendo él: «Seré el primero en pagar mi culpa por mi propia cuenta».

No oía nadie que se tratara de él mismo (la cruz ve-

nia en brazos de varios hombres), por eso no le escuchaban:

—Verán quién es Alejandro Guerrero.

Fortunato Navarro, su sobrino, animaba a la gente, diciendo que se darían cuenta cómo era su familia. Raza de fuertes. El sacristán bajo por primera vez de la torre; cosa rara, siendo tan santulón.

—Para dónde —fue la primera palabra que inició un movimiento. Si la tierra mismo se movía no sé. Si se movía, no para la iglesia.

—Para Jatun Cequia —fue la otra palabra. Lo mismo hubiera sido decir para El Molino o para Tingo donde también hay puquiales.

En eso, doña Brígida Mansilla, caída, borrachita, rezando, entrecerrando los ojos, alcanzaba a ver: un hombre debajo de una cruz que ya se levantaba, tembándole las piernas, tambaleándose.

—Lo que ve una con el trago —dijo, cuando la música estaba subiendo, y ahora, seguramente, se estaría escuchando en Rurraymarca.

Velo pues. Alejandro Guerrero, el más anciano de los cargadores, está marchando de nuevo. La cruz del Señor cargando.

—Como nadie lo hizo.

—En ningún tiempo.

—Sí. Como en sus mejores tiempos —contesta otro borrachito.

Y culposa gente está rezando. Violines alzan su voz rajada. Son lamentos como de árbol, cuando es la tarde y vientos. Cualquiera diría que es como siempre que buscan la fiesta para llorar. Porque llorar es el modo de este pueblo.

Por el Señor no es. Tal vez sentirán por su propia vida. Que nadie le quita a uno la gana de sufrir entre tanta gente. Verdad que se olvida por momentos la culpa de esta noche, como si fuera por una mancha desconocida que

se llorara en pleno olvido. Es que, claro, está sucediendo algo del que uno toma parte y ve también. Así los hombres que se ganan el violín con el llorar de ajenas lágrimas. Hay quien pregunta por quién, y hay quien contesta por el hermano.

—¿Pablo Hidalgo?

—Conocido es.

—Sí. Conocido es. —dice el deudo. Y el nombre le trae una presencia borrosa que sólo está clara en la mente de los rezadores.

Llorantes, pétreos, confundidos, como si fuera entre difuntos que hablaran. Como si purgaran culpas o penas, o como el recuerdo de los que se fueron por el camino ancho, más allá del cementerio.

Y en este sendero, calle que va para Játun Cequia, al puquial, tal vez estaremos llorando por don Demetrio Quiroz, Padre del pueblo, que apareció muerto allí y nunca se supo cómo: ¡Sucedan las cosas!

Las viejas que acompañan de lejos, cayéndose, levantándose del barro. Muchachos sorprendidos. El Germán Romero que orinando al aire mira a la gente. Habrá después quien dirá qué es eso en plena procesión.

Chicas alzan su voz gemidora. Detrás de la Dolorosa van. Alejandro Guerrero ha avanzado un buen trecho, mientras el mudo Leocadio Salazar sigue con los ojos agarrados del bombo, sin ver otra cosa que el bombo. Hay para decir: si dejaran de tocar, se caería.

Se ha dicho: veremos quién es el Alejandro. Difícil. Así como van las cosas quién ha de estar seguro. Sino que se cae. Que va a caer. Pero no. Se suda bajo una luna fría que contagia.

—Madre Amorosa —se oye.

—Madre Virgencita.

Y nadie puede saber lo que ha de hacer, pues que el Alejandro ha caído y las viejas gritan por el hijo.

El verdadero camino de la cruz, nuevamente un hombre está sufriendo. Lo vemos.

Un estremecimiento que nos llega desde todas partes, paraliza al mismo aire ya desanimado. Pero quién oye:

—¡Dejen! Me sobran las fuerzas. —Su mirada va de las mujeres al cielo—. Me sobran... —Y esconde el pañuelo con sangre, con los ojos entre oscuros y llameadores. Las mujeres se miran comprobando la hombría. Antes no han visto lo que testifican, y si algo dicen, compasiones:

Un huaracaíno celoso grita:

—¡Que pueda! Un hombre es un hombre.

Sí. Otra cosa es un ser que se empeña. El viejo de la cruz está haciendo fuerza, con las venas del cuello para reventar. La cara crispada.

Cuando se mueve, levanta una rodilla, calma la música; la otra rodilla, y la música se apaga, quedando solamente el compás del bombo. Unos pasos y todo se apaga. Para comenzarse a respirar de nuevo después de un largo suspiro.

Algunos se reponen y empiezan a hablar del frío para darse cuenta que están vivos. Hay otros más vivos que cualquiera. Son los muchachos vueltos de robar duraznos de las huertas, y allí están sobre la pared, comiendo, con alguna que otra mirada colérica encima.

A la altura del guindal de las beatas, su mujer llega hasta él y lo anima:

—Fuerza, Alejo —le dice—. ¡Fuerza! —limpiándole la cara—. Y él la mira como a cualquier mujer, cuando ya la muchedumbre la está arrastrando.

Es como si se cumpliera un mandato. De alguien que hubiera dicho: «Así es el asunto». Por eso cuando tambalea de nuevo, nadie le ayuda. Cae, pues, y se resigna. Unos, viéndolo caído, se ajustan la correa. Saben que no se levantará. Lo ven más muerto que un muerto.

(¿No es más muerto uno que podría responder y no responde?)

Un solo pensamiento recorre todos los ojos, como si se quisiera olvidar de una vez este fracaso. Como si se hubiera sabido que se triunfaría. Es la humillación de algo que se ha intentado, sabiendo que no se perdería. Y este es el hombre. El hombre que ha probado la fuerza de sus brazos, para demostrar que no se puede. Y lo peor que cada uno lo sabe.

Hay una vergüenza. Especialmente contra los huaracaínos. No se habla. Y se oye a uno de ellos, que para dañar lo ya dañado, para golpear el orgullo, comienza a gritar agarrándose bien de su botella.

—¡Está jodido! ¡De allí no se levanta!

¡Huaracaínos! Ríen sin entrar en el diálogo. Les basta a los miserables con reír para contradecir y fregar la pita. Hijos de otros cerros, tal como se pusieron de acuerdo antes de nacer.

La envidia les mueve la boca.

Esto se sabe: una voz rumorea en los pechos. No se habla, pero se piensa. Se sabe que no es purgar la culpa de nadie, ni tampoco hacerles caso a los huaracaínos, sino el querer llegar.

El Alejandro mismo que levantó los ojos para mirarlos, ya no los abrirá. Seguirá caminando con los ojos cerrados, con la frente caída, hacia adelante, como diciendo con todo el cuerpo: «Ya no es sino el querer llegar».

Es una lucha no siquiera contra el destino, sino contra las propias fuerzas. Y allí está jadeando el hombre, tan abandonado y solo.

Debajo de las estrellas, la expectativa sube porque algo ha sucedido. No en vano callan los hombres. Sucede. Los músicos han levantado la voz; pero esta vez con toda fuerza, con una música de altos vigos... Es la marcha fúnebre de entierro mayor. La marcha del Padre Sepulcro.

Alguno se extraña de tal cosa, ya que el anda del Salvador ha quedado en la plaza. Por eso, cuando el Gobernador se entera, ordena de inmediato que se toque la música de la cosecha. Borrachísimo el hombre.

—¡Aquí no ha muerto nadie! —grita olvidándose de Lizardo.

Pero, ¿no es Viernes Santo? ¿No hay un muerto? Y si el Alejandro está detenido, ¿no tendrá que seguir de todos modos hasta morir?

—En su ley como debe ser.

Es pues fecha de la verdad. Viernes Santo, con alta corneta, platillo y tambor.

Si no se camina, si no se va, si están contenidos dentro de su cuerpo, algo quisieran hacer. Pero es a uno solo que le llega la hora. Y él es uno de quien se espera la respuesta.

El tiempo como un rumor o como un escuchar detrás de muros lejanos. El gobernador, que aparece con sus ayudantes, conmoviendo a los hombres. Tratando de empujarlos, como quien sabe que se ha de poder.

Un guapo recién llegado de la chacra, alza la voz, preguntando y respondiendo por el suceso.

—Quién duda que el Alejandro no ha de poder. El es quien me ganó una vez, en la cosecha que trajimos desde Tranca—. Como no le escuchan o no le dan importancia, continúa: —Oigan, pueblo. El que está cargando es Alejandro Guerrero. Uno de nosotros. No un huaracaíno ni un hijo de otros valles. Es de esta tierra colorada. Uno de nosotros, ¡carajo!—. Levantando el pecho, apura un trago y termina convencido: —¡Mucho cuento, como ustedes saben!

El Gobernador, sin hacerle caso, levanta la voz como en los primeros tiempos de sus funciones, ordenando que avancen. Y la tensión, que ya se sentía como laxando, vuelve ahora a templar los músculos. Se recibe una fuer-

za que crece en algún lugar del cuerpo; un estímulo contagioso.

—¡Padre Mayo! —se dice—. ¡Padre Mayo!

Es un deseo en todo su vigor, cuando me doy cuenta que el Alejandro está sangrando. El Opa Raymundo, arrodillado en una esquina, repite con lágrimas ralas:

—¡Tata! ¡Tata!

Pero ya. Eso es. Ahora. Una cabeza que va. Un brazo colgado que sale del cuello. Una pierna arrastra a otra pierna. No se sabe cuál va más despacio o cuál ha de romperse primero. Vuelve la mujer Conce:

—Llegaremos, Alejo —dice—. El la mira como se puede mirar lo que no existe. —Alejo, conoce. Mira, Alejo—. Y limpiándole la frente, se unta la cara con la sangre, «tu mujer», diciendo, «tu mujer», llorando.

Viejo, viejo, Alejandro Guerrero, sufriendo para siempre, debajo de la cruz, está avanzando o muriendo. Estará sintiendo que alguien le dice dentro que no engañará a nadie. Que no se engañarán con él. Y parece que se vence de nuevo, cuando las viejas se dejan oír detrás con una voz que no se eleva, sino como si pusieran en el oído lamentaciones.

El sabrá que obedece a fuerzas ajenas. Por eso, cuando se cree que los huesos se le han roto, abre los ojos para decir sin que se le oiga. Habla con los ojos y se le escucha con los ojos. Luego, confundidos, nos callamos impotentes, apretándonos unos contra otros. Así se ve cómo le llega la muerte a un hombre en duro desafío contra su propia muerte.

Estamos en un espacio en donde si alguien se pertenece, será este hombre, sintiéndose vivir a través de nosotros, como si nos llamáramos por su nombre y contestáramos afirmando o no. O escuchando si está caído o está por caer.

Y allí está el hombre. Mirando como entre brumas. Con golpes del pecho hacia fuera. Sorprendido en el tiempo

por gente muda. Caído como si ya no confiara ni en su propio orgullo.

Esas viejas que vuelven los ojos hacia la Virgen:

—¡Que pueda! ¡Que pueda! —repiten.

La gente se desanima. Parece que ha sucedido una broma. No se empieza un camino para dejarlo a medio andar. Se quisiera averiguar quién es el culpable. Y quién ha de decirlo. Sino que piensa uno, que se da cuenta, y peor si se oye a un pifóno:

—¡Mucha bulla para tan poca fiesta! —Y a otros:

—¡Claro! Porque si la Virgencita quisiera milagrear, malograría. ¡Lo que sucede es que son un pueblo salado! —Y corre para no ser maltratado por uno cercano que falla el golpe.

El Opa Raymundo sigue de lejos. Nunca ha estado más cerca de nadie como esta noche del Alejandro. Y ahora se aproxima, quitando de en medio a la gente. Llega junto al cargador y trata de ayudarlo. Hace un esfuerzo y tambalea la Cruz. El Gobernador de un fuetazo lo retira. La gente que ha visto, se amarga por tal razón. Sin embargo, largan al Opa a empujones.

Se oye desde la Cruz un gemir crujiente. Es el Alejandro que trata de incorporarse. Es el hombre que conmueve. El que no puede. Tan de veras, que esta vez sí, hasta los mismos huaracaínos se callan. Mirando hacia abajo han visto la población casi lejos. Lejos para tanto peso.

César Amaro, hombre práctico que ha cerrado su tienda por primera vez desde que comenzó a trabajar, está diciendo:

—¿Por qué no ha de poder? —como si recién empezara la jornada—. Les venderé un poco de chacta y verán cómo se levanta y hasta vuela.

Don Juan Espinoza, delante la burla de la gente, de un codazo lo ha lanzado al suelo, mientras nuevamente acrece un rumor de fuerza.

Ahora ¿quién es el que dijo que trajeran a mama Juliana, a ella, que ya está en camino?

Unos dijeron que se cantara el cántico de la cosecha: «Mi palomita». Otros que se trajera a la vieja Juliana, la madre.

Solícitos los acompañantes, mientras el Alejandro está tirado en el barro, como una dureza del barro. Olvidado él, en el momento en que los muchachos han bajado del anda a la Virgen.

El Gobernador intervino rápidamente, rápidamente se convenció. Los viejos no. Se quedaron mirando el quehacer de los muchachos, sin darles la razón.

—Lo que no sirve, para qué sirve —dijo uno.

—Más falta hará la Juliana —dijo otro.

—Alentará con su presencia.

Se aceptó sin pensar. Se hizo. ¿Pero quién dice que sabía lo que hacía? ¿Quién puede hablar de persona cabal a la puerta de su casa?

Viene pues la madre vieja sobre el anda en vez de la Dolorosa.

Sorprendida va. Sobre los hombros que la llevan.

Llega ahora sobre la multitud la madre y mira lo que está sucediendo. Está transecurriendo en el pueblo un hecho tan insólito que ella para aclararse habla:

—El Alejandro parece. Mi hijo. Cargando la cruz parece. Lo que mi corazón decía.

Nadie repara en sus palabras, obligándola más bien:

—A veces la presencia de una madre.

—No será probar por gusto. Veremos.

—Prueba, mama.

—¡Di!

—¡Habla, mamaco!

Uno que nunca ha llorado, desde lejos llora. Es Marcelo Salazar, el tullido. Lágrimas llora, él, con su cara de piedra que no llora.

La vieja Juliana, despierta de su vejez, recuperando-

se, fijándose en su hijo. Ojos con pena o con sabiduría. Lo ve como si su Alejandro estuviera cumpliendo un mandato. Se diría que está recordando la voz que le anunció que este tiempo habría de llegarle. ¿Hay un tiempo que le llega a uno?

—¡Locura es! —dijo de pronto—. ¡Locura! —dijo irguiéndose, afirmándose sobre el anda. Y a la gente:

—¿De qué modo hoy se vive? ¿Cuál es su forma? ¿Dónde están mis tiempos? ¿Dónde está el que manda?

—¿Así se hace? ¿La procesión se ordena de este modo?

—¿Quién es el guiador? ¿O será mi hijo, con diablos azules, y ustedes lo siguen en su locura?

—¡Siguen ustedes, lo que saben que siguen! ¿O hay alguien, otro, que haya ordenado? ¿Un fuerte que los haya empujado a rebencazos?

—¿Y mi lugar? ¿Quién me trae y para qué? Ahora estaré sentada, aquí, sin comprender dónde estoy, hasta no saber por qué este desborde.

Cuando la gente impaciente ya está por desbordarse de veras, alza la voz con más fuerza:

—Verdad que se da vida a los hijos para que se desahíen en la fuerza. Para que se venzan. Que para eso es el hombre. Pero aquí, ¿quién es el contrincante?

Don Manuel Suárez le grita:

—¡Juliana! ¡Juliana, yo te hablaré! —Pero ella sin escucharle prosigue:

—¿O será castigo? —Y recogiendo la vista de la multitud, busca a don Manuel Suárez, como si recién hubiera reconocido su voz. Le pregunta:

—¡Di, Manuel! ¿Quién manda estos modos? ¿O no eres el más viejo, que pueda poner orden? Mira al Alejandro. A mi hijo...

Don Manuel Suárez, hombre centenario, de ascendencia, poniéndose duro, endureciendo la mirada le dice:

—He estado parado en la esquina de mi sobrino Nicolás Suárez. He estado viendo lo que sucedía. Yo mismo, a

mi edad, no creía que podía cambiarse de costumbre. Pero ya lo vemos. Ha llegado este instante en que todos nos hemos comprometido, y nadie dirá quién es el causante de todo esto.

—Por otra parte, Juliana, ya no es que puedas decir mi hijo. No. Ese hombre, este hombre, es uno de nosotros que está cumpliendo. Lo que ningún diablo se atrevió en ningún valle conocido. Sí. Se trata de uno que cumplirá, Juliana. Tú lo sabes más que nosotros. Cumplirá con su cargo, aunque se nos quede en el camino.

La madre no contestó. Más bien, quiso apearse. Los hombres asentían con la mandíbula, cuando don Manuel terminaba:

—¡Lo mismo me hubiera tocado a mí!

Raymundo se golpeaba el pecho, como diciendo que a él también le hubiera tocado cargar. César Amaro, lejos, le decía a la Teófila, la pastora, si el viejo don Manuel sabía lo que decía o si estaría burlándose.

Mama Juliana se limpió los ojos. En un segundo se recordó en otra época, en otros lares, en diferentes acciones. Vibraba en ella un sentimiento antiguo, renovado ahora, como si en efecto ella y los sucesos fueran un recuerdo de cuerpos en movimiento. Así, entonces, se encargó de su gesto. Sobre el aire miró el gentío, y pidió aguardiente. Recibió una botella que le llegó por mano en mano. Se limpió la boca con la manga, tomó un trago, se enjuagó y apuró otro trago más.

Reverentes, la bajaron. Se acercó al Alejandro y le sopló en la frente, en la sien. Sus manos frotaron, fuertes y seguras. Después, como no reaccionara, le sopló en la boca. Luego, convencida de su trabajo, esperó que la levantaran. Subió al anda sin mirar a nadie y señaló la partida con el brazo.

La muchedumbre empezó a caminar, se detuvo un poco, y se quedó definitivamente esperando.

Y ahora, el que ve, qué ha de dudar. Alejandro Guerre-

ro ha comenzado a caminar nuevamente. La gente perpleja mira, como si se hubiese dicho. «Que caiga la estrella», y cayera.

—¡Sí! Es cierto. Como eucalipto en toda su fuerza. Está yendo por última vez.

Un viajero, testigo, está diciendo: «Ustedes son pueblo que harían rezar a Dios mismo».

Se camina en jornadas íntimas que alguna vez comenzaron. Estamos yendo a través de niebla rala. Adelante. Cada paso es un movimiento convencido. Qué importa el transcurrir. Si alguien se mueve eso es lo que vale. Esto. Como nosotros. Lo que alienta el aire en que los mismos huaracaños sin diferencias respiran.

Vamos errantes debajo de las nubes que ya se aclaran. En medio de una sordera en que no se ve.

De pronto, sucede nomás. Nadie lo dice. Hemos llegado, de verdad, como si hubiéramos venido, desde tiempos, para este momento. Es un sentimiento que se rompe en acequiones de alegría o pena.

De lejos se ve al Alejandro erguirse hasta casi quebrarse la cintura, levantar los brazos, romperse la cara en una carcajada y en una última convulsión por quedar en pie, caer despacio a tierra.

De cerca, recogidos, vemos: un rostro de sangre en un rostro de barro. Hombre de hombres, como hoy se ve, es uno que ha cumplido. Ha triunfado respondiendo como los antiguos, aunque no lo quiera su mujer, aunque la Conce grite renegando, enterando a la gente:

—Si hubiera sabido, no lo hubiera sacrificado. ¡Si hubiera sabido!

La Juliana madre está limpiando la muerte de la cara de su hijo. Los mayordomos, listos con sus paños para cargarlo.

Hay gente que ha nacido para untarse la frente con esa sangre vencida que ha vencido. El Opa Raymundo, uno de

ellos, lamiéndose la mano, la sangre, como si fuera de un negro toro bravo.

La Conce va por todas partes, extraviada, llorando por sí misma. Diego López, sin que nadie le haga caso, como todos los días, alega que aquí no ha pasado nada. Cuando el caballo de don Espíritu Puente, igual que siempre a esta misma hora, está bajando camino de Arraypata.

Suenan las campanas como si realmente nada hubiera pasado. La Juliana mira, a través del amanecer que se evapora, a los mayordomos que levantan el cadáver.

—¡Si hubiera sido su hijo! Así nomás son las cosas—dice Conce Amaro—. Si hubiera cargado Lizardo lo mismo hubiera sucedido.

Los faroles del pueblo, olvidados de apagar. Su pensamiento se va a la iglesia, tal si fuera a refugiarse. Sus manos tocan la cruz. Piensa la madre en el hombre, el Salvador, de nuevo solo, con la frente caída, en medio de lo oscuro.

Fuerte, ahora, la madre vieja, segura, entre las mujeres vuelve.

«Ay, tiempo, tiempo», dice suspirando, mirando la tierra dura, los árboles inclinados, mirando en rededor, reconociendo, sintiendo en el amanecer, confusamente, que alguien ha nacido.

LA PASCUALINA

Nosotros vivíamos en la chacra, un poco lejos del pueblo. Había casitas de gente pobre desparramadas por aquí por allá. Mi papá era el único pudiente. Jugábamos con los chicos de allí porque no teníamos con quien jugar. Eramos varias hermanas. Yo era la mayor. Me seguía mi hermanito Julián. Los demás eran muy chicos.

En la población vivían mis abuelos, mis tíos, mis primos. En fin, toda la familia.

Cuando se casó mi papá, mis abuelos le dieron la casa de la chacra¹. A mí me gustaba al principio, pero según

La casa tenía una huerta grande llena de melocotones, tumbo, capulies, chunapilpa, y una multitud de frutas. Nosotros nos alimentábamos de esas frutas.

Por la cocina había una pared que dividía el patio con la chacra. Allí mis padres sembraban maíz, habas, para el consumo de la casa y para el trueque.

Al llegar la época de la cosecha, desataban una buena parte de la pared y abrían un portillo. Entonces teníamos más campo para jugar. Y jugábamos. Con mi perro *Cholo* correteábamos. Con un chivatito que comenzaba a cornear como un torito. Cómo se venía saltando, saltando.

Los animales paraban en la chacra. Las gallinas gozaban de la humedad del suelo, y del sol ni se diga. Volvían al patio cuando querían grano; comían y nuevamente se entraban hasta la hora de dormir. Después de la cosecha ya no oíamos esos cantos de los pajaritos, que acostumbraban a cantar en las mañanas antes que la gente se levantara. Dónde se trasladarían.

Sin una sola hoja, puro palo estaban los árboles de durazno. La chacra, verde con sus choclos, su yerba verde, ya no estaba así. Casi polvo nomás era. Eso duraba tres meses.

Ya pensaban sembrar, regaban el terreno.

Por fin llegaba el día de la siembra. El hombre estaba arando.

como iba poniéndome grande ya no me gustaba ser campesina. Deseaba vivir en el pueblo para estar inmediata a todo lo que había. Mis padres no.

En una Navidad, cuando ya estuve grande, en el pueblo levantaron un nacimiento; en la chacra esto es lo que nos sucedió:

Mi hermanito se había portado muy mal y mi papá le dijo que a él no le pondría el Niño Dios. Que no esperara.

El año anterior el Papá Noel le había puesto caramelos, soldaditos, trompo. El dijo que si ponía sus zapatos recibiría lo mismo. El chico no sabía qué hacer, porque quería otras cosas; como para uno de doce años más o menos. Pensó poner los zapatos de mi papá. Así lo hizo y se acostó. Al otro día se levantó temprano pensando en los regalos. En un zapato encontró una bolsa de tabaco y en el otro una cachimba. Cómo se habría puesto Julián, cuando encontró esas cosas. El pobre perdió sogas y cabra por ambicioso.

Vivía cerca una chiquita, hija de un vecino, llamada Pascualina. Ella no sabía nada del Niño Dios ni del Papá Noel. De ellos, que ponen juguetes a los niños que se portan bien. Aprendió de nosotros.

con su hulto de coca en la cara. Los toros parecían estar con cólera. Iban al compás, jalando el arado que abría la tierra.

El hombre que manejaba se llamaba gañán. No hablaba ni palabra. Se le veía tan cansado que me daba miedo. «Ahora, ni me quiere mirar», pensaba yo con pena.

De rato en rato, mi mamá les daba un jarro de chicha. Eran varios hombres. Uno iba botando la semilla. Los demás hacían una cosa, otra cosa. Terminaban algún día. Al otro día me subía a los altos. De allí divisaba. Estaba la tierra de la chacra húmeda y bien ordenada.

«Cómo se habrían puesto los animales, sufrirían», decía yo. Porque después de la siembra mi papá no quería que entrara ¡un pajarito! a la chacra.

El portillo, pircado. Me quedaba triste porque no teníamos donde corretear. Después me acostumbraba, pensando en el maíz. A la semana salían los maicitos. Parecían orejitas de conejo, bien tupidos. Así iba creciendo. Los árboles mismos, de durazno se llenaban de hojas y flores. Alumbraba el cielo. La tierra también alumbraba. Los animales alumbraban.

En Pascua de Reyes por la tarde llegó corriendo. Me dijo que sus zapatos estaban por demás viejos y que tenía miedo que Papá Noel no le pusiera nada.

En una canasta de trapos encontró un par de medias de color negro. Estaban muy apolilladas. Una tenía más huecos que la otra. La Pascualina los cosió con hilo blanco. Las medias negras quedaron con chispas blancas. Daban mal aspecto. Todavía estaban despintadas. Yo le dije que Papá Noel le diría: «Esa chica será muy majadera cuando ha destrozado así sus medias».

Las colgó en la ventana con la abertura preparada como para poner algo. Yo le dije, Papá Noel qué iba a ponerle nada. Ella empezó a llorar. Eso me dio pena: Hacer llorar a una criatura. Desesperada corrí donde mi mamá para pedirle plata. Mamá me negó y me resonó, diciéndome que esa gente no sabía nada del Papá Noel. Por último que Papá Noel nunca ponía nada a nadie. Que a esa chica sus padres qué le iban a comprar ningún juguete. Que no volviera a fastidiarla más.

Yo no sabía qué hacer para conseguir algún regalo. Me encaminé a la población, a pesar de la tarde, para ver si conseguía algo. Llegué donde mi tía Mercedes y en el corredor encontré una muñeca. Estaba tan sucia que mi primita la había olvidado. La recogí y me la llevé a mi casa. La arreglé. Le cosí las partes descosidas. La lavé. La hice secar en el fogón. Al poco rato estaba casi nueva.

Ya eran como las diez de la noche en la víspera de Pascua. Contenta estaba yo de haber metido la muñeca en la media para la pobre Pascualina. Y ella feliz por haberla encontrado. Cómo se arrodillaba agradecida, mirando sobre los árboles.

Pasó esa fiesta y la gente de su laya tenía envidia. Hablaba:

—A qué carga de agua le habrán comprado esa muñeca. Tendrán bastante plata.

—Hacerle creer que el Papá Noel le ha puesto cuando ni Papá Noel ni Papá Dios se acuerdan de los pobres.

De esa vez la chica paraba con nosotros haciendo los mandados de la casa, la gente hablaba más. Todo lo que renegaban decían. Yo quería contarles que yo, Casimira, le conseguí la muñeca para ponerle a nombre de Papá Noel, después del chasco que le pasó a mi hermanito.

Una mañana, nuestra Catacha, gallina cenicienta, parándose a la puerta del dormitorio, cantó para que la viéramos. Nosotros no creíamos en esas supersticiones, pero vivía mamá Bartola, una viejita. Cuando se sentaba a lavar los platos parecía una lechuza. Tenía la cara demacrada, la nariz larga aguileña. Su cabeza estaba atada con un pañuelo blanco. A más de eso era piel y hueso. Ella fue la que dijo que alguien iba a morir en la casa.

Yo en mis adentros dije que ella moriría. Quién más habría de ser. Con lo fea que estaba de puro vieja.

Un día yo estaba entregada al juego cuando llegó la chiquita Alminda. Atontada, dijo que Pascualina había muerto. Se había caído a la acequia grande, a la altura de la chacra de doña Marcelita.

Corrí a su casa y me encontré con mucha gente. Cuando me hallé con sus padres me dijeron en mi cara que yo tenía la culpa para que se muriera su hija.

«Esta niña tiene la culpa», oía yo a cada rato.

La Pascualina estaba lavando su muñeca. En una de esas resbaló. Como había mucha agua, época de lluvias, no pudo salir y fue arrastrada. A unas cinco cuadras, allí la encontraron. Más abajo salvaron la muñeca.

Con la culpa que me dieron yo me asusté. Tomé la muñeca y me la llevé. En el camino le preguntaba por la Pascualina sin que me contestara. Entré a la casa, pasé a la huerta, y me puse a llorar. Dije:

«Yo tengo la culpa para que muera Pascualina. Yo le regalé ese trapo que no habla. Qué pensará ella de mí.»

Luego, ya consolada, pero no tanto, le conté a mama Bartola. Quería que me hiciera comprender lo que había hecho. Que me dijera alguna cosa que me contentara. Ella me dijo que Pascualina ya no pensaba en nada y que estaba feliz en el cielo.

Yo me fui a buscarla, a ver si la veía. Me subí a los altos. La buscaba por el cielo y nada. Allí me di cuenta lo que es ser nada. Entonces agarré la muñeca. Le eché la culpa a gritos. La llevé a la huerta donde lloré y la quemé. La quemé con cólera y pena. Su ceniza la boté al río. Y volví sin llorar, casi contenta, NO sé por qué.

Al entrar a la casa, mama Bartola muerta, estaba sentada en el patio con los ojos abiertos mirando al cielo como viendo a la Pascualina.

POBRE NEGRO

Yo quisiera contarte desde la primera ocasión de la fatáladidad. Hasta la fecha tengo tres vidas salvadas como el gato. Por eso digo que nací para sufrir. La vez del caso padecí un día y una noche. Me sucedió con mi Negro. Burro el más grande y hermoso. El mejor del pueblo. Envidiado animal juguétón.

Teníamos que guanear y barbechar el terreno de la altura. Nos preparamos como de costumbre con coca, una botella y fiambre. Salimos a las tres de la mañana, en la oscuridad.

Esto es lo que sucedió a mitad del camino: En momentos en que acomodaba mi carga bajaba una sombra. El amanecer empezaba. El operario decía en ese instante que en el sitio de Roco-chuni no pasaba nada. En el sitio de Roco-chuni comenzó la lluvia. En sitio peligroso. Dije:

—Cuidado con el caballo —por una mula sin dueño que venía—. El burro juguétón por dar un cabezazo dio una mala pisada.

—¡Guarda, guarda! —grité al animal que perdido el pie pasó sobre mí arrastrándome.

Rodamos los dos. Yo rogando a San Antonio que me recibiera. Para esto había una mata grande de chiuchi en plena cuesta. Allí me atraqué.

Me levanté bajo la lluvia. A unas cuadras estaba el

guano. Más abajo el animal amontonado. ¡Pobre Negro! Con su cara ensangrentada parecía un San José. La sangre le chorreaba como barba. Cuando le acaricié se hizo la criatura con una mirada de engrésido penoso.

¡Qué hacía! Le quité la cincha. Medio aturdido desenredé la soga y se la amarré al cuello, asegurándome yo también a la cintura. Miré la cuesta. Revisé donde sostenerme. Pensé que moriría sin querer si rodábamos de nuevo. Fortaleciéndome le animé:

—Negro, ¿te levantas o qué es esto?

Se levantó tembloroso, con las patas doblándose. Crecía la lluvia. El terreno, pendiente. Entonces me puse a maldecir mi destino, lo que sufro yo, por qué sufría. No tanto por mí como por el pobre. Su cuerpo maltratado me dolía en el alma.

Amarré la soga a mi tobillo y comencé a sacarlo a tiro con la pierna. Obedeció como sabiendo el peligro en que habíamos caído.

Al poco rato encontramos un espacio sin declive. Era el rastro de una acequia antigua. Allí lo dejé y subí fácilmente al camino. Encontré a Valiente que me miraba con los ojos del Opa.

—¿Ha muerto el burro, tío? —me preguntó dándome la mano, al dar el último paso de la llegada.

—Saca la botella —le pedí.

Luego, nos fuimos a ampararnos de la lluvia que arreciaba. Entré en la cueva sin sombrero, sin poncho que cubrirme. Se los había dejado al Negro para defenderse. Al rato Valiente se emborrachó. Aunque creo que estaba borracho de miedo. Me miraba receloso como si fuera con un desconocido que hablara. Me miraba dudoso sin querer contestarme. Conversábamos como dos sombras.

Lo miraba con demora. En la penumbra, la neblina y un aguacero consistente que se veía fuera, aumentaba el frío.

Una tembladera en la rodilla, pensé que sería el miedo

que me venía recién (el recuerdo de la rodada). Pero con ese mirar del Valiente me puse a pensar que a lo peor yo estaría muerto. Me toqué la cara sin decirle nada. (El seguía mirando asustado). Yo pensaba que a lo mejor estaría medio muerto no más y soñaría. Entonces, para qué quise tocarle. Salió corriendo y se perdió en la niebla.

Me pasé de risa.

Al atardecer, con el sol muriente que bajaba, apareció en la cuesta. Volvió contando que había ido a buscar a la mula causante. Yo sabía que mentía. Tranquilo él. Le dije que se quedara mientras yo iba por el burro. Decidimos volver para las casas por ser tarde. Así que bajé a subir al Negro.

Yo sé que los animales saben lo que hacen. Estaba de pie, comiendo unas hojas de papa. Dije:

—San Antonio, está a tu cargo.

Fui al sitio donde escondí la cincha y no había cincha. Bajé a la ladera de Teófila Hidalgo, y se presentó una pastora. Pensé en agarrarla (¿lo que es el hombre, no?), pero me preguntó qué buscaba.

—Mi burro —le dije, creyendo que ella había visto mi cincha y la habría escondido.

—Por allá habrá ido —me contestó apurando el paso.

Agotado de salud, cansado estaba. Buscaba donde no podía. El Negro se caía. Me puse ahí a renegar sin aliento. Tomé una copa y desarmé el pico. Así trepé, como quien dice, de tres patas. Requintando, subiendo, diciendo:

—Oye Valiente, ¿por qué estoy sufriendo, por qué este castigo? Y quién te dice: Casi para llegar al camino, allí estaba la cincha.

¿El guano? Ya lo había recogido Valiente cuando escapó de la cueva. Se dirá que miento. Cuando se cuenta se olvida uno de la verdad. Parece que se quisiera inventar aunque no se proponga. Será porque la vida nunca es completa.

Bajamos para el pueblo. Valiente llevaba el aparejo. Yo me sentía descompuesto.

En tarde cerrada llegamos a Naupamarca. (Entre dos sombras había sucedido una desgracia, como quien dice que había alumbrado el día sólo para eso.)

Cesó la lluvia. Entonces para que no se riera la gente, encinché al burro a pesar de Valiente que me reprochaba. (Peor que se rieran.) Y seguimos camino de Antasloma donde ya esperaba mi mujer.

—¿Qué pasó? —dijo adivinando.

—Hemos vuelto de la otra —le contesté—. Y avanzamos junto con ella silenciosa. Quizá qué pensaría.

Esa noche ¡pasamos! la de don Juandico. Ni siquiera supe lo que merendamos. Dormimos en el corredor. Lo cuidé como se cuida lo que es querido. Al amanecer cuando lo palmeé, me di cuenta que estaba hinchada su barriga.

Maldije a la mula maldecida. Desperté a la Conce para que la llevara a la chacra de Arraypata. Quería que muriese en su terreno, en el lugar de su trabajo. Así que lo mandé antes de que amaneciese. Lo mandé después del sufrimiento por levantarlo. La Conce iba empujando al burro. Yo con la vergüenza encima, me fui por la cuadra de don Manuel Suárez. Al encontrarnos en el puente de Gato Amaro, ya no podía seguir. Tuve que acercarme para hablarle.

—¿Qué tienes, oye, Negro? ¿Vas a ir o no? —le dije—. En eso se apareció Daniel Avellaneda, contándome que su tío Máximo sabía de hinchazones.

Con engaños lo llevamos, poniéndole la mano en la boca, hablándole de alfalfas, de yerba fresca. Llegamos a la casa de don Máximo, pero estaba en copas. Así todo me ordenó que comprara aceite y sal, prometiendo ir en seguida. Decidimos pasar y pasamos, aun cuando no se podía. Yo me había olvidado de la mula.

Llegados a la chacra, preparamos una cama con pajas

y costales. Compré una botella de aceite y media libra de sal. Esperamos al sabedor pero no fue. Pasó la hora. El animal ni respiraba. Las venas del cuello estaban para reventar, los ojos por sangrar.

«Lo que quiero son unas hojas de saúco», pensé. «Una sartén o una olla de barro para el aderezo.» Luego confié en una cuchilla para punzar al animal. Fui y mandé buscar. No tenían o me negaron. Entonces busqué una espina o qué cosa. Ni manera de hallar algo.

Cavilando miré en un tiempo antiguo de niñeces: Vi un baúl, una cocina. Me acordé de la sala vieja, de un baúl de cuero, de la sábana con que envolvimos al gato morrongo cuando lo matamos para jugar a la procesión. Corrí a la casa de tío Pedro y encontré la cuchilla. Una cuchilla reluciente con cache de conchiperla. (Un robo que hicimos de chicos con tío Isidro López.) Estaba escondida en el fondo del baúl, hasta la fecha. Pensé en la mula. «Para ella debería haber sido.»

Hervimos el saúco con el aceite. Cuando estuvo listo comencé a pelar el costado derecho de la barriga del Negro. El se dejaba en un abandono de agonía.

«Voy a matarlo», decía con temores. «Lo voy a salvar», decía. Empecé a picar con la cuchilla reluciente. Primero con miedo. Luego mi mano punzaba fuerte, hasta que sentí que entraba la cuchilla y un chorro de sangre me mojaba la cara. Sangre negra. Cómo sentí la sangre caliente, como si me hubiese pasado su alma.

Le froté con la infusión. Le hice tomar. Lo bañamos con el saúco caliente y lo forramos con mantas. Sudó como un gañán. Ese día con su noche, casi en ayunas, lo velamos. Al amanecer la Conce, de una cara seria pasó a una sonrisa.

En la tarde ya no dudamos. Por otra parte no importaba lo que sucediera. Se había hecho lo que se pudo. Al tercer día estaba comiendo el muy engreído. Al cuarto

día dije ya. Al quinto día alegre me monté para probarlo. Después obligué a la mujer:

—¡ Súbete! Llévalo para el pueblo. Para que vean. Para que sepan quién todavía es el dueño del mejor animal de estos valles.

Dios me castigó por orgulloso. Justamente llegando a casa, alegre, el burro juguetón por dar un cabezazo al aire, la botó al suelo. ¡Pobre Conce!

TATA MAYO

Aprendí a quererla por un real a la hija de la Lucen. Pablo Vásquez, mi único amigo me enseñó. Cerrada la tarde, junto al río, en la chacra de don Alfonso Garrido.

Cuando estábamos orinando de impaciencia, en eso, llegó la Sila.

—Ya pues. De una vez —dijo.

—Aquí está —contestó Pablo, adelantándose.

—¿Eso nomás? —dijo Sila.

—Marcelo también te dará —dijo Pablo.

Yo le di rápidamente lo que tenía. Del pan de la tía Rosa, del amasijo; lo que tenía separado para comprar bolas.

Después nos quedamos lavándonos en el río. Más que lavarnos, yo al menos, me limpiaba una mancha que había cometido. Ella se fue sin voltear.

—¡Perros! —le oí decir antes pero no entendí nada. Sería su modo de hablar. Su mirada con sonrisa.

Así las cosas durante el verano y el invierno y durante otro verano. Nos acostumbramos de veras.

Ya no le daba plata sino del pan que le robaba a mi tía. A veces le llevaba bollos de manteca. Comíamos juntos. Nadie más que yo la quería. (El Pablo andaba por las minas buscando trabajo.) Cómo remojábamos los pies en el agua cuando venía a lavar. Nos habíamos acostumbrado de tal modo que nos hacíamos falta.

—Tú creerás que estoy viniendo —me decía habladora, como no queriendo; después se iba contenta.

Me gustaba Sila. Aunque a veces no me gustaba. Sino con los días. Parece que con el calor o con el aliento de los corrales o con algo que me llegaba desde todas partes. Pero a todo esto no sabía en qué pararían estos encuentros. No sabía.

Mi patrona conversaba con su primo:

—¡Parece que ya está hombre! ¿Con quién será?

No me daba cuenta. (En la escuela decían los muchachos que sólo los papás eran hombres.) Un día, entre una de sus bromas, le dijo mi patrón a su mujer:

—Para esto se tiene más disposición que para aprender a escribir.

—Como nosotros —dijo la vieja con la cara que se le caía—. De tanto ir al puquio resultó el muchacho.

Me di cuenta por un momento, me olvidé después. Para asegurarme pregunté a Sila qué quería decir ir al puquio y tener hijo.

—Como tú que vienes al río —me contestó.

—Pero ellos no iban al río —me acuerdo que le respondí muy seguro.

—En el puquio o en la punta del cerro. La cosa es cuando te subes —me dijo.

Me reí hasta hacerla correr de susto. Me había acordado descaradamente de un toro barroso que tenía esa costumbre. Cómo reiría comprendiendo. Luego, con la calma del río, me callé.

«Un hijo», pensé, como el que piensa en un torito.

Y los meses. Y las lluvias. Y por fin otro verano. De ese verano me acuerdo. Un día, antes de la tarde, en el recojo de chala, pasada la cosecha de maíz, Sila comenzó a hincharse. No, qué ha de ser. Ya estaría hinchada.

La miré largo rato, convenciéndome. Ella, por no mirarme, seguía el vuelo de un gallinazo. Entonces, de una

bajada de ojos lá miraba como quien no ve. ¡Vergonzosa ella!

Desde allí muy de raro en raro nos encontrábamos. Ya ni llegaba. ¿Por qué sería? ¿Por qué me decían flojo?

Una vez volvió a lavar ropa a nuestro sitio.

—¿Por eso no vienes? —le pregunté señalándole la barriga con las cejas.

—¿Por cuál, eso? —dijo negándose.

—¡Nada! —dije asustado, pero no estaba asustado. Me sucedió como si me hubiese ido de ese lugar y, en otro sitio, más tarde o más temprano, río abajo, la esperara a ella y a su hijo.

En adelante solamente la veía pasar. ¿Por qué?) No quería verse conmigo. (¿Le dirían que no podía trabajar?) Y la aguaitaba de noche, cerca de su casa, detrás del camino del Shala Loma. De noche, mirando estrellas o qué cosa.

Yo pensaba a veces «seré hombre», tratando de saber cómo sería ser hombre. Mordía una hoja de arrayán amargo, se ocultaba la luna y ya estaba soñando con ella, en mi casa.

Los enterados, maliciosos, burlándose la señalaban:

—¡Allá va Sila!

—¡Yaa! —decía yo, ocultando. Dudando si alguna vez habríamos conversado. Parecía ir escondida, lejos de todo, siendo el hazmemirar de los cuenteros. Era la mujer del tullido con hijo del tullido.

«Qué raro que estemos lejos, Sila», me decía a mí mismo como si fuera otro. Y era oscuro.

¡Cómo entender! Si cuando estábamos juntos no sabía cuál era mi cuerpo. ¿Cómo podía ella andar lejos de nosotros? ¿No decía siempre, tocándome la frente: «mi frente, mis ojos», mirándome con mis ojos?

Diciembre y los escolares se fueron. Estos, muchachos de los caseríos, a sus rumbos legítimos de la tierra. Otros, los que pasaron de curso, también, los aplicados.

Yo no pasé por faltón. Ni fui a ninguna parte. Me quedé solitario, remirando el río. Viéndolo irse muy seguro. Diciendo, pensando, repitiendo:

«Ellos pasan, avanzan. Yo me quedo.» (Me sentía detenido en el mismo lugar, en la misma tarde de todos los tiempos, en mí mismo). Veía pasar las nubes, el ganado, a la gente muy fresca que recorría las calles. Y me decía: «Dondequiera vayan, no pasarán de allí. No irán más allá de donde están». Como si quisiera encadenar lo pasajero, lo andante, a mi espera confusa y atontada.

Es que la vida le llega a cada cual como es. Para mí sería quedarme junto al río, en la chacra de don Alfonso Garrido, preguntando; mientras la gente, como si ganados los linderos del pueblo, bailara más allá de Vilcabamba.

Y esto es lo que recuerdo de una noche en que hablaron los viejos:

—La Sila está madura.

—No se sabe de quién es.

Yo quise hablar. Hablar nomás. Qué iba a decirles que era de mí. Tampoco podía llamarla para que les contara.

Otra noche, yo mismo era mis patronos y yo:

«La Sila está preñada», me oí decir. «No se sabe quién será el padrillo», me dije burlándome de mí mismo.

«¿Cómo no se sabe?» —dije engrosando la voz—. «Hasta los árboles lo saben.»

—¡Calla, muchacho! —gritaron desde adentro los viejos.

«Calla muchacho», les remedé remedándome. Como si una criatura estuviera junto a mí.

Una sonrisa dura mordí con los labios.

Digo que esperaba al hijo como se espera una cosecha. ¡Con una ilusión! Y preguntaba cuánto tiempo.

—El tiempo de las vacas —me decían.

Yo comparaba, contaba con los dedos para estar más

seguro. Y cuando menos esperaba, ya correteaba un ternero más en el pueblo. La Sila nada.

Preguntaba dudoso:

—¿Como las vacas?

—¡Claro! A los nueve meses.

«Cómo será», me repetía mirando los animales. «Desde el año que nos vivimos ya han salido varios grupos de la escuela.» La gente hablaba de lo que no sabía, como el maestro.

Una tarde, Sila vino a mí. No me pareció raro. A quien iba a buscar sino a mí que era el padre.

Llegó la mujer para contarme la muerte del muerto.

—¿Se ha muerto? —le contesté—. ¿Cómo se ha muerto? —le dije sin comprender. Me vino una nube negra a la cabeza. Comencé a caminar junto a ella y creo que estas palabras escuché de mi boca:

«Ha muerto un hombre. Ha muerto un hombre sin haber nacido.» La lluvia interminable. Los árboles fríos.

No es él. No aparece. Entonces quién soy. Quién está llorosa. Fantasma que tenía en su seno a mi hijo, y hoy sólo palabras trae.

Se ha muerto, dice. Se ha muerto, habla. ¿Y dónde subirse, poder, para saber de qué se trata?

Esta mujer estaba conmigo años, haciéndolo, dándole nuestra sangre. Es decir, ¡para ahora Tata Mayo!, ¿construyendo un muerto?

Que no se sabe nunca lo que nos sucede. Dije: Ser hombre. Ser hombre para resistir. Eso que se le sale a uno del pecho. Pues que se tiene miedo de hablar. No sea cosa sea cierto. Y se sepa de verdad la verdad.

¿Estos son los árboles que nos vieron nacer? ¿Somos con nombre y todo, dos seres frente a frente? O ya nada existe y solamente somos el recuerdo de un viejo parlero que tampoco existe?

Digo, dónde diablos estaremos. Si a la orilla del río o

a la orilla fuera del tiempo, donde a nadie le va ni le viene y menos le importa nada.

El hombre, ese que mira desde el agua era yo ayer. El que esperaba. Porque debía ser mi hijo formado con tierra y aliento de nuestros cuerpos. Junto a estos cerros abuelos. Debajo de este cielo. En el valle de los antepasados.

Sin embargo él no está. No es. No aparece.

Penará su alma más allá de estos relámpagos.

Hay un río que pasa. Una mujer junto a mí. Un cielo cierto. La mirada recorriendo el mismo camino, por donde hacia dónde vamos, no se sabe.

Eso es lo que dije. Recordé el suelo que pisaba. Bueyes mugieron a la noche. Un rumor despertó desde lo hondo cerca.

Era el agua. El río que avanzaba con seguridad, avisando su viaje de anciano impasible. La tomé del brazo a la mujer tratando de consolarla. Me miró. Nos reconocimos como antes, y una fuerza naciente, familiar para nosotros, me impulsó a decirle que escuchara.

—¿Qué? —contestó, sintiendo mi mano.

—El río —le dije.

—¿Qué río? —dijo apretándose contra mí.

—El río, pues —le repetí al oído.

Como antes, ella comenzó a sonreír. Como si mi rostro hubiera sido su rostro. Como antes.

EN LA ALTURA

Avanzaba la lluvia de Jailín hacia Pumampi. De hoy para mañana. De diciembre hasta abril. Yendo y volviendo. En la época en que las yerbas empiezan a arrastrarse y los árboles suben sin que se les note; y a los días, cuando han verdecido los ojos como plantas, hay un asombro. Se abren amarillas las retamas. La lluvia penetra de tal manera en la tierra y la humedece que en el aire se anima un olor a nacimiento. Y así es. Se nace a fuerzas ajenas, a calores exhuberantes que llevan a buscar a la mujer. En una de estas tardes fui donde la Jacinta con seguridad, con fuerza, con naturaleza.

La mirada que va hacia el primer muro lindero de la chacra y se prolonga en el espacio, asciende lenta sobre los pies que suben esforzadamente la cuesta. Caminando así uno no presiente lo que sucederá. Se puede morir de pronto carbonizado por un rayo y continuar sin darse cuenta, despierto en la otra vida, en donde dicen que todo es subir.

Así vi aparecer el lomo de un novillo. Dije: «mal haya toro», pensando en el mal que podría estar causando. ¡Mentira! Era la espalda de un hombre. Surgió la cabeza detrás de los hombros, delante de un movimiento de arriba abajo. No soy tonto. «Sabido cholo», dije. Después de todo, un hombre, una mujer solos, qué iban a hacer.

«José», reconocí. «Jacinta», no dije. ¡Cómo podía

pensar! Mi risa burlona se torció. Una laguna comenzó a crecerme en el pecho.

No les dije: «¡Levántense, desgraciados! ¡Alcen su cuerpo de la tierra!» Supe que la tierra, con ser la tierra, puede también ensuciarse.

Quedé sin lengua.—Ellos con ojos solamente que se tropezaban en cada mirada. No querían verse. Yo allí, de testigo, comprobaba. ¿No se habían visto antes? ¡No se habían visto! En ese instante comprendían, de verdad, quiénes eran.

Yo estaría para matar. Cómo cambiaría mi cara y con qué cólera, que la Jacinta pudo esta vez. Se arrancó del suelo y empezó a correr.

«Perdóneme, don Germán. Perdóneme, don Germán», decía. Me llamaba don a mí que nunca me había respetado.

José recuperó su cuerpo. Al perderse la mujer, volvió a aparecer detrás de sus ojos que se tranquilizaban.

«Cosas», dijo pateando la tierra. «Así son las cosas», repitió, como encontrándose por primera vez.

Penetraba mis intenciones. Recelaba. (Mis manos se hirieron contra el muro.) Pensé: «Aquí ha de suceder.» Así era. Allí algo iba a suceder. (La sangre llama la sangre.) Algo había terminado hacía rato; algo debía empezar de nuevo. Esta vez se levantaría de frente entre nosotros. ¡De Alma!

Pero no. Eso había caído muy hondo: Había perdido mi hombría ante mi mujer. Había perdido lo que es el honor. No poder mirar cara a cara a nadie. Ni al culpable. Porque mancha que humilla ni Dios la limpia. Y ese sudor palpable en la frente de José era mi vergüenza.

Luego, luego, cualquiera comete quién sabe qué crímenes. No es para menos. Un hombre es sangre viva que se consume a diario luchando, trabajando. Pero no como yo. Parado como maguey; aireándome sin saber de mí,

sin responder de mí, sin querer más: hundirme los ojos y caer. ¡Sangre inútil que ni el suelo recibirá!

El otro apenas tuvo fuerzas para fingir. Quiso gupear, convencerse, pero no daba más. Sin mirar adelantó un paso. Otro paso más.

Yo pensaba: «Ha culpado. El sabe que ha culpado.» Pero yo también de algún modo era causante. Sin saber cómo me sentía responsable. El lo supo de una vez para siempre. Por eso a la bajada sus espaldas se hinchaban como resistiendo un peso que él sabía eran mis ojos.

Y a sí quién me acusaría. ¿O quién me defendería de mí mismo? De eso, vacío que me debilitaba. Ellos tenían su culpa y se arrepentirán. Tenían su corazón que ya se sabía en falta y llorarían. Podrían consolarse. (Quién me diera a mí ser distinto.) Así podrían huir abrirse caminos, para alejarse de esa mancha viva que era yo: De la culpa de haber visto lo que no debí haber visto.

Después estuve repensando las cosas, revisando los hechos, hasta entrar en una oscuridad de hielo y de viento y de una soledad que pocos saben: El de no poder comunicar mi pena a nadie. Que mancha de mujer doble mancha es del hombre.

Cada noche las plantas agonizan, las tiende el frío venciénolas hasta el amanecer. Si no mueren, la luz del sol que ni siquiera asoma, las levanta más fuertes. Sus hojas, medio quemadas, se dan un aire de vigor que se resiste al fracaso. Mirándolas se entra en el día acompañado de un anuncio que está por rebelarse.

Así resistí junto al trigo, viví el tiempo de la helada, fui vegetal como el quishuar. Una luna blanca entró en mi cabeza. Renacía una suavidad. Crecía mi corazón en el blanco de la inmensidad como los eucaliptos. Subía la tierra. (No sé contar.) Era algo que se derramaba alrededor y subía. Ahí, un sudor caliente bajaba por el cuello.

«Sangre», dije. Lloraba la última lágrima de un hombre que había sufrido.

En la altura, dentro de un sol abundoso, en la luz terminante, aprendí a hablar con otro tono. Empecé a convalecer con mis palabras. Conversaba con el aire. Los pulmones obedecían a un viento fresco y limpio que entraba en el cuerpo. La sangre se extendía por los brazos como el licor de la cosecha. Una serenidad como de flor de arrayán me descubría. Y ya no recordaba sino como quien viajara por las lejanías: la altura, el aire, las miserias de la gente.

Por eso cuando me encontré con su padre hablé sin rencor, como quien cuenta, como quien nombra las cosas.

—¿Con tu mujer? —dijo—. ¿Con la Jacinta? —Don Alberto, inseguro, rascándose la nuca, se repetía: —¿Con la Jacinta ?. ¿Pero con la Jacinta ?

EL TUCO Y LA PALOMA

Cuando el tuco canta tres veces, muere un vecino. Así la niña entró en la sombra. (Es sombra no más la muerte.)

En eso que se iba padeciendo río abajo, por unas tierras desconocidas, oyó el zureo de la paloma. Dijo paloma y supo que había oído el canto de la paloma; es decir, que había vivido.

¿Para esto?, dijo. ¿Para esto he vivido? ¿Para morir?

Volvió a oír a la paloma, y supo que era hermoso el canto, porque le traía recuerdos de sus padres, de su pueblo, de su perro juguetón; es decir, supo de verdad que había vivido, y supo que había sido bueno.

Antes de olvidar la luz del día, con los ojos cerrados, volvió a oír el canto.

Ha estado bien, dijo. Sonrió, suspiró muy hondo, y siguió caminando río abajo abandonada de su pensamiento.

En ese instante los vecinos dijeron:

—¡Como tres veces ha cantado el búho!

Vivíamos en La Banda. Al otro lado del río, donde de vez en cuando podía oírse la oración, y eso, con oído atento. Nosotros éramos abuelo, el Toño y yo. Mamá que se iba de viaje.

Había mañanas amenazantes que crecían al revés como si fueran noche. Solamente que alumbraban. A media tarde, cuando la abeja venía serruchando el aire solitario, sonaban las palabras como abejas. La gente, azonzada, reía seriamente.

—Ha pasado un toro negro —decían. Eran los que se iban dejándome un toro inmenso, sin cuerpo.

Me acordaba entonces de los árboles que lloraban. Y cómo se vencían, gimiendo ahora. Tenía miedo de don Fidel, borracho. Pensaba en si vendría qué haría. Ya me dolía la nariz de miedo, como calambre. Después, cuando cantaba el búho, pensaba en aparecidos. No eran los hombres que habían cruzado el día. Pero asomaba a la oscuridad. Trataba de ver en el duraznal de enfrente.

Una mañana dijo abuela:

—¡Tres veces ha cantado el búho!

Otra mañana, tempranito, no habló el Toño. Amari-
llo, con los ojos congelados, miraba.

En ese tiempo yo no sabía de muertos. Creía que el viejo crecía, después se achicaba y crecía de nuevo. No

sabía del panteón. Como vivíamos solos, nuestra conversación era sí, no. Y escuchar la chacra.

Entonces, de anohecida, entramos al pueblo. Iba el Toño bajo la luna, con los faroles alumbrándole el camino. De lo que recuerdo, atravesaba recién el puente con mis pies. Hollaba un terreno de aires contrariados.

Para llegar, en el corredor, estaba colgado un carnero. Me quedé mirando las ollas grandes, la cantidad de mote, las viejas conversadoras.

Allí supe que se entierra a la gente. (Recordé cuando sembramos un pajarito para cosechar palomas y lo encontré después con gusanos. Sus ojitos huecos.) No fue pena, fue como rencor contra alguien lo que me nació.

—A su nombre, tata —saludaban.

Cocinaban para los enterradores, para los acompañantes y para los caminantes que se detenían.

—A su nombre, mama —contestaban otros. Se servían y luego esperaban para el cortejo.

Mamá me había dicho: «¿Por qué lloras? Tendré otro hijito.»

—Que vas a tener igual —le contesté. Y al verla llorar, lloraba.

Se admiraba de cómo, tan pequeñito, podía sufrir. Después, sin que nadie me hiciera caso, suspiraba. Es decir, sentía. Tal vez sería por mí, por mi soledad.

Meses recordaba el entierro, las flores.

«Flores nomás comerá», pensaba. Me dolía el pecho con ahogos. «No podrá salir con la tierra que le oprime», pensaba. «¿De qué le habrá valido aprender a decir: ‘¿Ha llegado mamá dulce?’» De lo que reíamos.

Nos veían sufrir y sufrían por nosotros.

—Tres hijos que se le van al pueblo —contaban. Por mamá hablaban contra el cielo:

—Dios, ni siente ni padece. Si existirá. No existirá.

La gente iba como quien se iba para siempre. No se sabía si de un momento a otro habrían de dejarnos. Su

palabra anunciaba otra vida. Otros modos más ambiguos. Como si estos caminos no fueran sino el tránsito hacia otro mundo.

El tiempo de la muerte, y era don Santiago, Padre del Pueblo, que se nos iba.

—De lo que estaba diciendo gato, gato, hoy no dice nada —repetían.

Las coronas estaban ya zafando. Qué frescura de lo verde. Había un olor a merienda de agazajo. Y estaban los que en lo íntimo dudaban de sí mismos. Los casaderos, especialmente.

«Habrás, pues, cantado el búho», pensé aceptando lo inevitable. Me aseguré entre los que masticaban la coca de la despedida. Había viejos que tomaban la lampa, se escupían la mano, y con qué seguridad cavaban otra tumba.

Algo se iba gastando continuamente como las nubes.

«Su propia tumba», me convencí. Los vi como si abrieran su propia fosa y los pesares se acabaron: Resignado a la verdad tuve ganas de contarle a alguien lejano, que también él estaba con nosotros en el atardecer, en el cementerio, en un terreno ausente en donde nadie sabía nada.

Para entonces las nubes desaparecieron totalmente. Hubo silencio y recogimiento de chacra abandonada. Me quedé chiquitito.

Sin embargo, cualquiera hubiese dicho que amanecía: Un chihuano empezó a cantar: En un árbol muerto golpeado por el viento cantaba el pájaro muy dueño de sí mismo seguro de su canto.

EL DESCONOCIDO

Ahora que en toda la tierra está haciendo frío, me acuerdo:

—Te llama tu papá —me decían.

Yo dejaba el pan por ir con ellos. Observaba a los hombres para ver cuál sería. Esperaba su palabra. Y si hablaba, oía:

—¿La casa de Policarpo Deza?

Era el nombre que todos conocían. De mi padre. Yo lo supe también. (Dicen que era su nombre.)

Mamá me contaba:

--Está en un viaje. Se fue cuando no habías nacido.

Eso era todo lo que podía averiguar. Pero lo que más sabía, que la gente me trataba como a la Diamela que no tiene dueño. Es decir, con cariño, como dejando pasar.

Buscaban a mi mamá. Le preguntaban. Le contaban. Y yo me iba, dejándolos solos. Era lo natural.

La primera vez que me interesé que harían, imaginé sus manos tocándose.

Luego, no sabiendo para qué habrían de tocarse, dudé: ¿Qué harán?

Un medio día, cuando los vi, antes del almuerzo, el extraño dejaba de hablar. El sol, al ocultarse entre las nubes, había deslumbrado tan fuerte en ese instante que no pude ver. Después hubo un vacío en el interior de las cosas y de la claridad.

Así ha ido sucediendo. Por ejemplo, la vez que Gonzalo me habló para hondear a mi perro.

Desde la tapia vi que tiraba mientras yo sentía alejarme. Cuando el Cholo se quejó, me alejé del todo. Un muchacho se reía y un animal acosado se empujaba contra la pared. Allí sentí una presencia. Grité:

—¡ Vienen!

Gonzalo escapó. ¿Acaso él lo sabía? Sentí un estar atento en alguna parte del corral o en el silencio que daba el quishuar vecino, detrás de la pared.

De entonces la evidencia. Aprendí a caminar buscando como si alguna vez iría a encontrarlo. Escuchaba por los corredores. Olía la sombra esperando su revelación. Atardecía a la orilla del charco grande del patio, viendo cómo aparecían los estrellas en el agua. Y sabía que los ojos estaban sorprendidos ante algo que yo no sabía qué era. El cuerpo sabe lo que uno no conoce.

En el olor de los baúles, en el olor viejo de la cocina vieja, en todos los rincones sombreados rastreaba. Y sentía su presencia. «Algún día», decía entreviendo una época confusa en que habría de llegar.

Lo mismo me pasó con la cequía de la huerta. De pronto me di cuenta. Esta vez lo desconocido era el agua. Nunca había visto pero comprendía. «Alguna vez ha corrido de esquina a esquina», se me ocurrió.

Yo solamente reparaba en que el cauce nacía y moría entre dos paredes. Se perdía. Había ignorado de dónde llegaba. Hacia dónde iba. Y ese perderse, ese no saber, era como perderme yo mismo. Igual que un camino que desapareciera luego de pasar un puente, o un río entre los árboles o el sol detrás de los cerros; como si nunca jamás cómo podría verlos. Pero me di cuenta: Alguna vez volvería a correr.

En una ocasión, un día, me dijo Gonzalo que entráramos a robar a su huerta. Le acepté. ¿Por qué no he

aprendido a decir no? Agregó que había blanquillos. Que no estaba su tía.

Le había aceptado y le estaba viendo como a alguien que hubiera venido a llevarme. Me gritó:

—¡Zonzo eres! ¡Te quedas allí como si yo no estuviera contigo!

Lo vi entrar por la toma del agua. Desaparecer. Lo vi perderse para siempre, como tragado por un pozo. Me quedé solo. Abandonado. No mirando que había desaparecido. En ese momento como levantándome gritó:

—Entra, hombre. ¿Qué esperas?

¿Esperas? Su voz por encima de la pared era de otro. Me daba como que al pasar él habría cambiado de rostro. No sabía entonces si lo reconocería. Pensaba al entrar. Viendo un guindal tan alto que no supe cómo no lo había visto antes.

—Chapetón, perro de ojos claros, decía.

Qué iba a escucharle. Advertí de nuevo el guindal. Tan alto. Y probando el poder de mi recuerdo miré en derredor. Estaba la pared y parecía más grande. Era el silencio. Era el silencio. La tarde de nosotros. La campana tañendo a sombra y estaría rezando la gente. La pared detenida allí, estática, como límite entre dos extraños territorios.

Fuera, no estaba yo. Es decir, al otro lado, donde no quedaba nada. Allí, el aire en los árboles, el olor de la verdura, la tibieza húmeda de la tierra y el aliento a toros que rumiaban. Los chihuancos que llamaban a dormir. Y esa puerta. Sobre todo esa puerta que podría abrirse. Estaba todo tan presente, tan fácil, tan directo, que dudaba si estaría vivo.

«Estaré aquí, o a lo mejor ni he nacido todavía», dije, entre la sombra que se afirmaba. Pero luego sentí como un desprendimiento. «Si me voy (como si ya me fuera), no estaré aquí.» Y cuando terminó la campana sentí sentir dentro: «Pero antes, antes, ¿dónde estuve?»

Era tal vez la zoncera, como decía Gonzalo. Y así habría de abrirse la puerta. A pesar de él, que oculto entre las ramas, me gritaba que no tuviera miedo.

Cierto que tenía miedo o curiosidad. Ansias. Porque «sabía»: Se abriría la puerta. Vendría (vigilaba). Se abriría y vendría. (Y empezó a abrirse.) Es decir, a sonar la puerta. Escuché, atendí de veras, pero no se abrió.

Fue un espacio sin contenido. Luego alguien llegaría. Intentaría abrir o cerraría. Aseguraría tal vez y se iría. (Contra qué se asegura.) Pero yo sentía: «Embroma. Allí está. De un momento a otro se anima y viene. Todo depende de seguir esperando».

«Si doy la vuelta (sentía por la espalda). Si doy un paso, entonces...» Pero se quedó. Quién sabe si dormido.

Me acerqué a Gonzalo. Solitario. Probando a reconocer. «Es el mismo», dije midiéndole la altura, conociendo su tamaño: Yo mucho más bajo. Y él, perplejo entre la sombra, como si también se hubiera dado cuenta: «Si yo sería yo.»

Cómo miraría. O qué no hablaría, que él quería oír, si lo que pensaba me llevaba la cabeza: «Hubiera abierto la puerta. Por lo menos me hubiera acercado. Hubiera sentido la distancia. Por lo menos». Y me quedé sin comunicación.

¿Ahora quién podía decirme si no sería él? Ahora, a los tiempos de hoy día, en otra vez, en que repito su nombre para olvidarlo. Mejor dicho, para maltratarme hablando y no reclamarlo por gusto. ¿Qué significa un nombre que no se presenta? ¡Nombres!

Hablan de los años los que hablan. Nombran. Descubren los objetos. Ellos creen en lo que tocan. Pero quién puede decirme de este verano. En este febrero humeante, ¿por qué no es julio, o miércoles por la mañana?

Hablan de volver. Y no saben que se van. Y yo los miro como a esos gatos que dan vueltas, alrededor de sí mismos, dentro de una casa. Les digo:

"Saltarás, correrás; allí mismo quedarás", y me quedo reconociendo mis palabras, escuchándome, buscando. Pensando en lo que está delante de su presencia. O buscando en el vacío, buscando a ver si de pronto, por casualidad, de repente, por lo menos, ya pronto, llega.

Es el momento en que el desconocido como aquellas veces dicen que decía, me repite por boca de la gente:

«Me iré de este pueblo. (De este pueblo.) A donde nadie me encuentre». Y cantaba bajito.

*Donde nadie sepa que yo muera,
donde nadie por mí llorará...*

Y yo digo. «No sabe que entré nosotros está más vivo que él mismo. ¿No se le siente? ¿No se le tiene como un palpito a veces?»

Cuánta certeza cuando rezamos a la oración por los caminantes, y sin declarar; rezamos también por su memoria.

Decía:

—El consuelo que tengo es que mi hijo nacerá. El cumplirá con la tierra como yo alguna vez lo hice. Dejo el terreno que no podré llevarme.

Los que repiten, cuentan que nadie sabe por qué se fue. Sabiéndolo. ¿Por qué, si no saben, ocultan el motivo? ¿Por qué quemaron su ropa apenas se ausentó? Lo dicen los que creen saber.

Abandonaron la casa, hoy vieja, por abandono y se fueron. Antes llegó la familia al otro lado del río que él a su destino. Después murió la abuela por pena o por contagio.

Y unos afirman que no vuelve. Otros responden negando cómo podría volver así como se fue.

Escucho una flauta que antes no se oía. Es como una pisada que ya llega o como una voz que ya se pierde: Un sentimiento.

1 | Todos los días, de oscurecida, antes de que las áuimas recorran sus pasos, creo comprender lo que hablan.

«En otro pueblo, pasando la cordillera, tal vez... su destino... Y quisiera despertar, oír, conocer: Cuál el rostro de su rostro. Añoro el día en que me iré, como éstos, en que los reilones me señalan. Nacido de quien nunca vi. Viviendo como un secreto. Amontonando las horas como la viruta del carpintero Cáceres».

Empiezo otra vez: Una nostalgia de no estar aquí donde estoy. Como si estuviera en otra parte. Le cuento a un abuelo. Le digo:

--Tengo pena de no estar aquí. --Y él se ríe—. Eso es desvarío —soluciona tocándose la sien, y yo me quedo colgado en un vacío.

Empiezo otra vez: Una música que añoro, Un pueblo lejano, detrás de los cerros, pero más lejos. Un pueblo de donde me trajeron a este lugar en que he nacido.

Algunas tardes hay un signo: Son las nubes. De súbito blanquísimas y quietas. Los eucaliptos contenidos, como si no respiraran o un pájaro que se queda cantando hasta el olvido.

Otras veces, un viajero que pregunta por la ruta de Mal Alma. Y yo me quedo como si me hubiera tomado algo. Penoso. Mirando el río: Cómo llega. Cómo se va. Mientras yo me estoy quedando. Sintiendo que algo mío se va con las aguas, tal vez siguiendo al desconocido.

Aprendo a darme cuenta de los comentarios:

—Joven que piensa, malo para la chacra. Se va.

Me miro cuando oigo:

—Así enfermo, de una luna a otra, se hace hombre.

—Ha crecido rápido. Mala seña.

A don Juandico, badulaque:

—Estará queriendo.

Sabrás que una tarde (los viejos lo saben todo), viniendo de El Molino, entre la soledad, doña Manuela se acercó:

—Crecido estás —y me apretó. Su olor era un olor que mareaba. El aire tibio de su boca me prendió algo dentro.

Así, me cuenta Gonzalo, se conoce a una mujer cuando quiere. No me olvido de sus ojos brillosos, ni me olvido qué quería. Me hace pensar aun cuando me siento en el codo de Arraypata, donde dicen que se sentaba mi papá.

Transcurre el tiempo, si transcurre. Las calles, igual. Y los pájaros. Y los poblanos. Sólo el sauce que se cayó de viejo. Don Pancho Sedano que se ha emborrachado por última vez y la botella de aceite que se ha reventado de por sí.

Me gusta escuchar la flauta como los otros tuercen los sucesos. A veces yo también, como si tocara, silbo. Pero es como una nostalgia de las tardes que se van, como la ausencia de lo desconocido. De lo que está por existir. Lloro a veces con las guitarras. Y lo desconocido es una frase que nadie logra explicar: «Detrás de la cordillera».

De anochecida, luego de esperar la tarde como un refugio, vuelvo a la torre. O muchas veces debajo del mostrador, en un rincón, canto bajito como escondido.

Después, de veras, la noche se me viene encima y me quedo allí con imaginaciones, inconsolable. A esa hora sé que hay una pelea en alguna parte y alguien se entristece y alguien, culpable, también se entristece.

Yo digo: «Es el tiempo». Y sé que es más que el tiempo. Más que esta lluvia persistente que llega por Santa Rosa. Luego, a la caída del agua se presentan las goteras, repitiendo palabras que ya estoy por entender. «Es el tiempo que vuelve», logro afirmar. «Es lo que se repite y renace de su propia entraña. Algo simple como yema oculta que ha de brotar. Algo del que poseyéndolo, no se supiera qué fuera. Como si en la mano tuviera una ove-

jita. Como si no me sorprendiera. Como si no atinara a querer comprender».

Miro a mi mamá (recuerdo a la hija de la Manuela, diciéndome que miro como mi papá). Quiero reconocerme en su mirada: «Sus gestos se parecen a los de su padre», imagino que me piensa. ¿Por qué me mirará las manos?

—Como tu padre —me dice—. No te sirves de lo que preparo.

«Quizá me confunda», temo. Trato de recordarla. De juntarla en las figuras que conozco de ella. Quiero saber cómo es. Dónde está con respecto a mí. Y lo que sufro de ella son lejanías. Entonces no tengo otro saber: Es una mujer lejana que se hace cada vez más lejana.

¿Por qué me mira como avergonzada, como huyendo de una culpa? Quiero comprender, pero ella se vuelve, atiza rápidamente y sin mirar, explicándose, habla:

—Nadie sabe cómo llega el mal. Tal vez tú como él...

Repito que quiero comprender. «Los males», digo. Y no entiendo. Pienso en papá. En su ausencia peor que los enterrados.

Salgo al patio: ¡Y la muerte siempre! Un recuerdo de caminantes solitarios que se van. Y ni siquiera necesito pensar sino dar la vuelta. Ver a los hombres fantasmales. Entonces, después de mucho, digo: «Es la debilidad. La falta de fuerza. Es la presencia de la poca fuerza que los salva para estar muertos». Y respiro. Me estiro con la Diamela. Bostezo casi hasta casi descolgarme la mandíbula.

Cae un melocotón de un árbol a la tierra. Y en el mismo lugar en que empieza a morir, se encienden mis ojos oliendo el humus de la huerta.

Entonces algo se quiebra en mí como si se arrodillara reverente y empiezo a llorar. No me importa abuela diciéndome que no es el viento, que son ellos, los ocultos en el aire.

No me importa tampoco el tiempo. Siento que soy una presencia legítima que ni siquiera quiere darse cuenta. En mí transcurre algo parecido a días de días serenos que transcurren en un solo instante.

Veo a las gallinas que se asustan, conversan entre ellas, haciendo notar la soledad. Se desperezan, parpadean, y se acaba el día.

Llega la noche, más intensa que mi amor al desconocido. Me doy cuenta de una vez y surgen las cosas, allí, frente a mí, entre el vaho tibio que se alza. «Aquí la noche de la tierra», digo. Y estrellas silenciosas me sitúan como un olvido.

«De soledad a soledad», digo sin entender mis palabras.

Es que nadie, desde mucho, ha venido a preguntar por el mañana. No dicen: «A la amanecida será el encontrarnos para el riego». No dicen: «Si llueve, en la cueva de las lechuzas nos guareceremos». No dicen nada. Las piedras hablan más.

Empiezo a caminar como los viejos. Revisando el pueblo, caminando por los barrios, subiendo a Cequia Grande. Mirando al pueblo desde arriba. Y oyendo en mí: «Pueda que ahora me vaya»; y me da pena.

Indiferente el camino, se va dejándome.

«Como si algo se hubiera muerto y todavía no sé lo que me ha pasado», digo, mirando caminantes. Viéndome detenido a la orilla de la cequia. Viendo el agua duradera.

Pienso que tal vez empiece a pensar de verdad. Ensayo la revelación: «Oscura y terrosa, dicen que se va, pero está allí», me explico. Y como si de pronto alguien me lo dijera, escucho su nombre en mi boca: Policarpo Deza, y no entiendo. Una voz más fuerte surge en el interior de su nombre. «Papá», me digo agarrándome los ojos. Hundiéndolos. Me gana un vigor, una fuerza de ternura, que me liberta.

Y nuevo, lavado en la cequia, respiro. Mis ojos recorren el pueblo nuevamente. Esta vez, sosteniéndolo.

Escucho su palpitar. Su aire tranquilo. Toco con los ojos sus casas que se descubren nítidas como si brillaran.

«Ahora es cuando empiezo a ver», digo. «La acequia, detenida allí avanza por dentro». Está haciendo frío y no hay ni vivo ni muerto que interrumpa mi seguridad de respirar con toda calma.

Es el colmo de la seguridad. Y sé. Me doy cuenta: «Como si mi padre fuera yo mismo. Como si yo fuera mi padre».

—Yo mismo mi padre —me convenzo.

Ahora, en el pueblo, está haciendo frío. En este pueblo.

MEMORIA POR RAUL MIESES

Ellos caminaban en silencio. Me di cuenta porque dentro de mí un hombre agotado, silencioso, los nombraba.

Un mundo seco. Un aire solo y quieto. Unos árboles roncós. A esto le llaman sequía. Pero es algo más. Una negación de todo lo que se quiere.

Una fuerza para el desarrollo, es ahora una fuerza para aplastar lo voluntario.

«Esta es verdaderamente una época legítima de secas», se oye a los poblanos. «Esto es vida», remuerde uno las palabras. Y así es. No es la muerte, sino la agonía.

Agónicos somos. Lo sabemos.

¿Cómo es el culpable por quién este ardimiento es duro, intenso?

Hace tiempo reparamos. Un hombre flaco se presentó en el pueblo. Uno se topaba con él en todas partes. Principalmente en los velorios. Caminaba con los perros, delante de los muertos. Lloraba más que los deudos. Se quedaba en el panteón hasta el anochecer y seguía llorando. Alguien decía que por sus lágrimas esas pocas flores del camino tenían un color triste.

Embromaba la gente. Reía de sus lágrimas. De su nariz siempre húmeda y de su lamento inacabable.

Era el que lloraba y a quien después como hombre no se le veía.

Algún transeúnte preguntaba a veces acerca del llo-

rón. Nosotros lo mirábamos y volvíamos a olvidarlo. Entonces él se asomaba a su pañuelo mojado y limpiándose con toda la fuerza de sus manos contestaba al aire:

—Yo soy Raúl Muñoz. Todos estos hombres me conocen. Por eso me respetan —y agregaba, dirigiéndose al más cercano, como tratando de aparecer:

—Tú también me conoces; pero no te acuerdas.

Ese nombre tenía un rostro. Cuando lo recordé, traté de poner ese rostro en su cara. Ya estaba por decir que no era él, cuando una mirada, una ternura de sus ojos, acomodó ambas imágenes. Era Raúl Muñoz.

Conversábamos en una nueva reunión y allí estaba él acongojándose nuevamente.

De esfuerzo a esfuerzo llegamos a la época de sequía.

Hoy que te cuento se revela en nosotros la pena o la cólera, como hace algunos días la duda. La extrañeza, digo, de mirar el cielo duro, de buscar ese aire húmedo y tibio, de situarnos detrás de los árboles, de ir de esquina en esquina, de pararnos en los zaguanes para ver si en algún instante los sentiríamos de nuevo.

A todo esto, para qué te cuento. Hay una rabia. Una memoria rabiosa, colérica. Hay un hambre. Una sed. Un desasosiego. Como si esta vida no tuviera presencia.

Es que nosotros somos por el crecimiento de las plantas. Ah, si supieras de nuestra alegría cuanto revienta una yemita del suelo; es como la alegría cuando tu hijo te sonrío y tú sabes que a ti te sonrío.

Ahora, dime tú, de quién fue la idea. A quién se le ocurrió que Raúl Muñoz había gastado el agua del cielo. Dime tú, quién fue primero en rondarlo. Quién el amenazante. Que diga él, de dónde llegó la piedra que le rompió la cara. Que digan todos en qué momento se le abalanzaron y lo dejaron casi muerto.

No creas que por miedo a la justicia se le atendió. La vida es la vida y hay que cuidarla, tú sabes. Por eso se le asistió sin contestar, sin preguntar. Se le curó sin de-

jar de mirar el cielo, sin dejar de divisar a un marchante, como si hubiera de traer el agua en los bolsillos.

Las plantas sollozan. Los árboles roncós se quejan, y nosotros, vegetales, no tenemos tiempo para la palabra; sólo hay un crecimiento, un algo oculto. Y es una violencia de siglos capaz de sacarle los ojos a ese que nos mira y ni siquiera escucha nuestros ruegos.

Me esfuerzo en hablar como notarás. Porque sé. Tú estás aquí conmigo. Yo sé que estamos aquí los dos. Y sé también que harías algo por nosotros. Por lo menos con tu manera de escuchar me levantas. Tú eres un consuelo. Alivia, en verdad, contar las penas.

Aquí no pasa el tiempo. No suceden los días ni las noches. Aquí no sucede nada por más que agonizamos. Por eso nos imponemos tareas. Cumplimos con las leyes de este mundo. Buscando esos trabajos no escapamos al pasado. No tenemos miedo de afrontar la comparación. Al contrario, somos los confiados, sabiendo que por nuestras manos tendremos para el sustento, no solamente nosotros, sino quien quiera. Porque sabemos, como lo decía don Juandico: «Crecer, fortificarse, adquirir la condición del trabajo, de la responsabilidad. Entonces aquellos aun con sólo verte alcanzarán tu aliento».

Perdóname, hermano, pero es tonto. Estaba creyendo que te condolías. Que te dolías conmigo; y solamente escuchas palabras.

No te estaba obligando. Yo no hablo como esos que te acusan de miserable porque no tuviste para darles, o como aquellos que te piden rogándote unos centavos para completar. Te digo que me entiendas. Aquí no mendigamos a nadie. Hace tiempo que sin decirselo a ese que envía el agua de los cielos ni siquiera lo olvidamos, sino que ya no nos importa. Para qué te cuento.

No decimos que hay cosas que han de suceder por la fuerza, como quien dice por destino; sino te estoy diciendo que a Raúl Muñoz lo encerraron en la cárcel de

daños. Fueron con sus faroles esa noche. Se pusieron delante de la puerta y lo miraron. Lo obligaron a callar. Le negaron un trago. Lo obligaron a no llorar. Le negaron la comida. Llegaron a escuchar su aullido. Y cuando ya no pudieron más. ¿Quién abrió la puerta? ¿Quiénes lo arrastraron hasta la plaza pública? ¿Quiénes trajeron la leña? ¿Quién lo amarró? Que diga el que pueda: ¿cómo se quemó ese hombre?

Nadie. Ni el cura. Ni el gobernador. Ni esos viajeros que van de pueblo en pueblo, prometiendo acciones, lo lograrán. No podrán explicar.

Yo no acepto ni califico el hecho. Pero no puedo negar que esa misma noche de su muerte el cielo comenzó a cargarse. Esa luna fría y amarillenta se volvió blanca. Un aire tibio comenzó a andar. Los árboles se erguían y se erguían. Entre nosotros, de cuerpo a cuerpo, había una seguridad; pero no hablábamos atentos. Pensábamos en el maizal. En los trigales. En los camellones. En lo ardoroso o en lo fresco. Algunos se iban al río, se encontraban, y se preguntaban por qué se hallaban allí mirando la forma de un río sin agua. Otros daban la vuelta por la iglesia. Miraban las imágenes. Muchos velaban el cadáver en la plaza misma. Mordían la copa o escupían despacio. Apoyaban esa quieta cara en el azadón, con los ojos calmos mirando hacia todas partes.

Cualquiera hubiera dicho que un poderoso los hubiera puesto allí para gozarse. Para saber lo que habría de suceder cuando se movieran.

A la medianoche empezó la lluvia. Al mediodía continuaba bajando. Más tarde, entre las sombras, sombras mojadas caminaban.

Los días se fueron amontonando en el suelo como el barro. No sucedía otra cosa que un aguacero continuo. Y los que miraban, veían una lluvia que parecía durar desde siempre. Y desde siempre se veía ese barrizal. Esa cantidad de agua. Ese torrente que se iba por el cauce. Des-

de siempre sentíamos el frío y el cuerpo mojado. El alma aterida. Tú dirás que la gente hablaba. No. No decía esta mano es mía.

En esa condición, mientras las autoridades estaban buscando al culpable, cuando unos curiosos venían a preguntar por los sucesos, nosotros comenzamos a pensar en el Raúl Muñoz. En algo nuestro que quizá habría muerto con su muerte.

Con lo que te cuento, tú dirás que aquí ha sucedido algo comprensible. Otros dirán, allá lejos, que fue una locura. Otros más dirán que fue inevitable. O si no alguien tratará de ingeniarse para que esto nunca vuelva a ocurrir. Pero ya ves, ha ocurrido, y nadie podrá remediarlo.

Entonces te digo: Ha comenzado la pena. No te diré de qué modo; lo cierto es que en medio de esta pena está la imagen, la voz del Raúl Muñoz contándote, recordándonos:

«Yo soy Raúl Muñoz. Todos me conocen. Por eso me respetan.»

INDICE

Presentación	7
NAHUIN — Velorio	9
En tiempo de los Milagros	13
El traslado	17
Ese Don Aguilar	21
La Mañuca Suárez	25
Esa vez del Huayco	31
Chajra	37
Sequía nomás	45
TAITA CRISTO	49
La Pascualina	69
Pobre Negro	75
Tata Mayo	81
En la Altura	87
El tuco y la Paloma	91
El Desconocido	95
Memoria por Raúl Mieses	105

Esta edición forma parte de un proyecto editorial elaborado por la Municipalidad de Lima Metropolitana, bajo la dirección y coordinación de la Secretaría de Cultura. Se edita a precios populares con la finalidad de estimular el hábito de leer en la comunidad y contribuir a la formación de bibliotecas comunales y escolares. Hasta el momento se han publicado:

1. **Poemas Humanos**
de César Vallejo
España aparta de mi este cáliz
de César Vallejo
2. **Cuentos Populares**
de Julio Ramón Ribeyro
3. **Cinco metros de poemas**
de Carlos Oquendo de Amat
4. **Las ocho horas**
Lecturas escogidas
5. **Poesía**
de Manuel Scorza
6. **Monólogo desde las tinieblas**
de Antonio Gálvez Ronceros
7. **El cielo sin cielo de Lima**
de Carlos Eduardo Zavaleta
8. **Camino a Babel**
de Blanca Varela
9. **El legado de Miguel Grau**
(cartas y otros documentos)
de Cesáreo Martínez
10. **Pueblos y costumbres del Perú**
de M. Merino
11. **Una nueva visión del Antiguo Perú**
de Luis G. Lumbreras

12. **Cantos y cuentos quechuas**
(Primera Parte)
de José María Arguedas
13. **Cantos y cuentos quechuas**
(Segunda Parte)
de José María Arguedas
14. **Antología Poética**
de Luis Valcarcel
15. **Taita Cristo**
de Eleodoro Vargas Vicuña

Lima, 1986

**La decimo quinta edición de
Munilibros se terminó de im-
primir en el mes de Diciembre
de 1986 en los Talleres de
Editorial YALUYALU S.R.L.
Huáscar 1619 - Jesús María.**